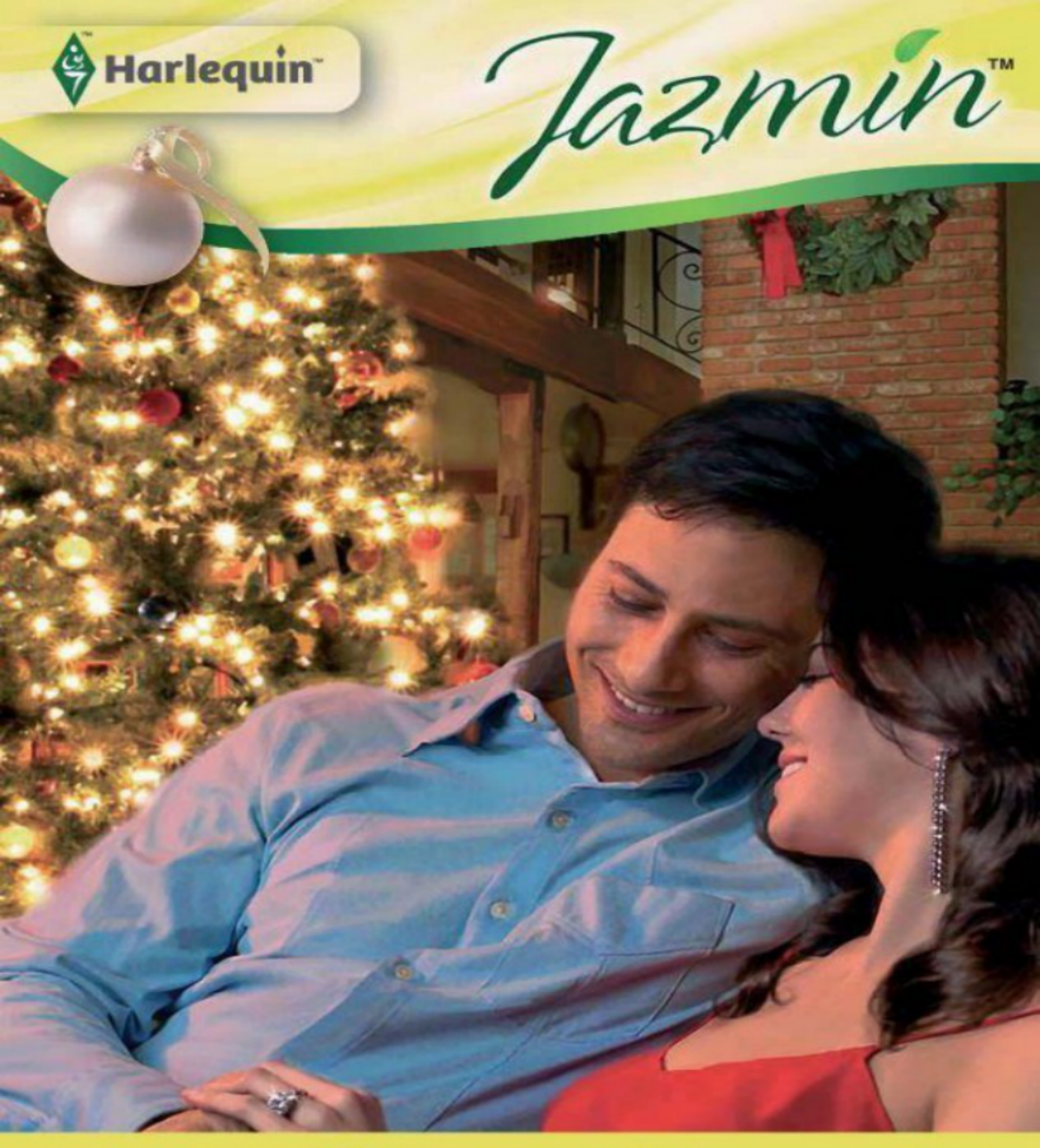

Harlequin
Jazmín
Más que un jefe
MARION LENNOX

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

MÁS QUE UN JEFE, N.º 2438 - diciembre 2011
Título original: Christmas with Her Boss
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-9010-122-3

Editor responsable: Luis Pugni

ePub: Publidisa

CAPÍTULO 1

–TODOS los vuelos han sido cancelados hasta después de Navidad, sin excepciones. Los privados también. Lo siento, señorita, pero nadie puede ir a ningún sitio.

Meg colgó el teléfono como si fuera a romperse y luego se llevó una mano al corazón porque le costaba trabajo respirar.

La puerta del despacho de su jefe estaba abierta. W. S. McMaster estaba limpiando su escritorio, guardando importantes documentos en su maletín de piel. Elegante e imposiblemente atractivo, parecía lo que era: un empresario multimillonario que siempre estaba yendo de un lado a otro.

El sitio al que debía ir en ese momento era Nueva York y ella, su ayudante personal, estaba a punto de decirle que no habría vuelos en los próximos tres días.

«Nooooooooooo».

–Meg, me marcho. Dan vendrá a buscarme en cinco minutos –Josie, su secretaria, estaba quitándose los zapatos planos que usaba en la oficina para ponerse unos de tacón–. Qué bien que el día de Navidad caiga en lunes. Tengo dos días para ir de fiesta hasta la comida familiar y para entonces espero estar más o menos sobria.

Meg no dijo nada. No podía.

Josie y el resto de los empleados se marcharon, felicitando las Navidades a su paso. Sí, el día de Navidad caía en lunes ese año y era viernes por la tarde, de modo que todo el mundo se iba a casa.

Salvo Meg, cuyo trabajo consistía en solucionar todos los problemas del señor McMaster cuando estaba en Australia. El señor McMaster sólo estaba en Australia diez o doce semanas al año, le pagaba un salario estupendo y el resto del tiempo era para ella. Sí, era un trabajo fantástico y había tenido mucha suerte de encontrarlo. Pero si metía la pata…

«No, no lo pienses, concéntrate en sacar a tu jefe del país como sea».

Despidiéndose con la mano de sus compañeros, Meg volvió a levantar el teléfono.

Su jefe estaba demasiado lejos como para escuchar la conversación, aunque no había mucho que escuchar, lo mismo de siempre.

–¿Los helicópteros dependen también de los controlares aéreos? –preguntó–. Ah, muy bien. ¿Y no hay ninguna posibilidad de que la huelga se resuelva antes de Navidad? ¿No? Es que esto es vital. ¿No puede… no sé, despegar de algún sitio sin que nadie lo vea? El precio no es un problema, pagaría lo que hiciese falta. ¿Podría ir a Indonesia y tomar un vuelo desde allí…? No, lo digo en serio.

No y no y no.

Meg colgó el teléfono de nuevo, mirándolo como si fuera un traidor. Y el señor McMaster estaba en la puerta, esperando.

Parecía dispuesto a comerse el mundo, como siempre.

William McMaster, el presidente del imperio McMaster, de treinta y seis años, había nacido en una familia adinerada y parecía llevar en los genes un talento natural para ganar dinero. Durante los tres últimos años pasaba dos o tres meses en Australia, dirigiendo la sección de la empresa dedicada a abrir minas por todo el país. Iba de una reunión a otra, de un sitio a otro. Cuando estaba en Australia, Meg iba con él y por eso entendía que tuviera una ayudante diferente en cada país: porque las agotaba a todas.

En aquel momento estaba apoyado en el quicio de la puerta, con un traje de chaqueta italiano hecho a medida y una inmaculada camisa blanca recién comprada por Meg porque la lavandería del hotel había devuelto las suyas ligeramente amarillentas. El hotel en el que se alojaba era el mejor de Melbourne y tenía un gimnasio. W.S. McMaster siempre quería alojarse en un hotel que tuviera gimnasio y su cuerpo demostraba por qué. Alto, atlético, moreno y más guapo de lo que debería serlo un hombre, la miraba en aquel momento como si supiera que ocurría algo.

Pero claro que lo sabía. No se podía llegar donde había llegado él sin inteligencia e intuición y a W.S. McMaster le sobraban ambas cosas.

–¿El coche para ir al aeropuerto, señorita Jardine? –le preguntó, como si sospechara que algo iba mal.

–Hay un problema –dijo Meg, sin mirarlo. Su nuevo contrato por tres años estaba sobre la mesa, esperando que su jefe lo firmara, y lo escondió bajo el fax como si así pudiera protegerlo.

Porque quería proteger su puesto de trabajo. Mientras el señor McMaster estaba fuera del país no la necesitaba, pero en cuanto llegaba a Australia Meg estaba totalmente comprometida con él. Siete días a la semana, doce horas al día o más.

Trabajaba así todo el tiempo. Lo sabía porque estaba en contacto con sus ayudantes de Londres, Nueva York y Hong Kong. Fuera donde fuera, lo seguía una docena de personas. Aquel hombre no

paraba nunca y los que iban con él tampoco podían hacerlo.

Pero ella tenía que irse a casa.

–Hay un retraso –dijo Meg por fin, intentando hacer que pareciera un mero inconveniente que podría solucionar antes de las seis. Las seis era la hora a la que el señor McMaster debía tomar el vuelo a Nueva York y a la que ella podría tomar un tren de vuelta a casa.

Él no dijo nada. Sencillamente esperó. Era un hombre de pocas palabras porque esperaba que su gente se anticipase a sus demandas.

Para eso la pagaba, pero esta vez le había fallado.

No podía contratar un avión privado ni un helicóptero. ¿Cuánto tiempo tardaría en ir en barco hasta nueva Zelanda para tomar un avión allí?, se preguntó. No, imposible, al menos una semana.

Y los hoteles estaban todos ocupados con antelación para ese fin de semana. Cuando llamó para saldar la cuenta esa mañana, el empleado ya parecía agotado.

–Menos mal que se marcha antes de lo esperado, tengo gente haciendo cola. No hay una sola habitación disponible en toda la ciudad. Hay gente ofreciéndome el doble…

–¿Va a decírmelo o no, señorita Jardine?

Meg levantó la mirada al escuchar la pregunta de su jefe. Estaba muy serio pero, para su sorpresa, no parecía enfadado; al contrario, la miraba con un brillo burlón en los ojos, como si supiera en qué aprieto estaba metida.

–Hay huelga de controladores –dijo ella por fin–. La reunión de conciliación terminó hace veinte minutos sin resultados y se han cancelado todos los vuelos.

Podía ver el aeropuerto desde la ventana del despacho del señor McMaster, en el último piso de uno de los rascacielos más lujosos de Melbourne. Desde allí se podía ver casi hasta Tasmania y normalmente había aviones despegando y aterrizando…

Pero no aquel día.

–No hay aviones –dijo él.

–Nada que vuele hasta después de Navidad. Ni siquiera hay garantías de que los haya entonces. Esto es…

–Absurdo –la interrumpió el señor McMaster–. Un avión privado…

–No hay vuelos, ni siquiera privados –dijo Meg, mirándolo a los ojos porque a él le gustaban las respuestas directas. Llevaba tres años trabajando para W.S. McMaster y sabía que no debía andarse con rodeos. A veces exigía algo que no era humanamente posible,

pero cuando eso ocurría se lo decía y, sencillamente, pasaban a otra cosa.

Pero aquel día, W.S. McMaster no parecía dispuesto a pasar a otra cosa.

–Alquile un coche que me lleve a Sídney. Tomaré un avión allí.

–La huelga es nacional, señor McMaster.

–Eso es imposible. Tengo que estar en Nueva York para el día de Navidad.

Meg se preguntó quién lo esperaría allí.

Las revistas del corazón decían que era un solitario y ella sabía que era hijo único de unos padres obscenamente ricos, divorciados y a los que nunca veía. La última vez que estuvo en Londres iba con una actriz del brazo pero, según las revistas, la joven tenía el corazón roto después de su ruptura. Aunque no debía tenerlo muy roto, pensó Meg, irónica, porque ella sabía cuánto dinero había recibido durante su corta relación.

«Envíale esto a Sarah. Paga la factura del hotel de Sarah». Y ahora Sarah ya tenía otro novio rico.

¿Entonces quién lo esperaba en Nueva York?

–No va a poder marcharse hasta después de Navidad –le informó.

–¿Lo ha intentado todo?

–Todo.

Él la miró, en silencio, y Meg se dio cuenta de que ya estaba haciendo planes para pasar la Navidad en Melbourne. W.S. McMaster no perdía el tiempo lamentándose.

–Puedo trabajar desde aquí –empezó a decir, molesto pero resignado. Las personas que viajaban a menudo sabían que no siempre se podía controlar todo y no podía despedirla por eso–. Podemos aprovechar el tiempo para terminar con el asunto Berswood, que es lo más urgente.

Meg respiró profundamente. «Dilo y punto».

–Señor McMaster, todo se cierra a partir de las cinco. Estamos en Navidades y el edificio se cerrará de un momento a otro. No habrá aire acondicionado ni nadie que lo atienda. Las calles de esta zona de oficinas estarán desiertas…

–Eso es ridículo –la interrumpió él.

–No, no lo es. Y tampoco puede hacer nada con los de Berswood porque nadie en la empresa contestará al teléfono.

Lo miraba a los ojos, intentando mostrarse serena, pero estaba asustada. Aquel hombre movía millones en menos tiempo del que ella tardaba en pintarse los labios. Aunque no tenía tiempo de

pintárselos cuando él estaba por allí.

–Muy bien –asintió McMaster por fin–. Entonces, usted y yo trabajaremos desde mi suite.

«Usted y yo trabajaremos desde mi suite».

Él debió notar algo en su cara porque enseguida frunció el ceño.

–¿También hay un problema en el hotel?

–Ya no hay habitaciones disponibles. Como dijo que se iría hoy, le han dado su habitación a otro cliente.

–Tendré que cambiar de hotel entonces.

Pero Meg negó con la cabeza. Iba a despedirla, seguro. Al oír rumores sobre los problemas con los controladores aéreos debería haber alargado su estancia en el hotel, pero no se había enterado de esos rumores porque estaba muy ocupada.

Había tenido que hacer las compras de Navidad a última hora. McMaster la había dejado irse a las once y como afortunadamente las tiendas estaban abiertas toda la noche, había estado comprando hasta las tres de la mañana. Pero él la despertó a las seis, exigiendo camisas nuevas. Después de solucionarlo por teléfono, Meg había vuelto a la oficina a las siete y por eso no había tenido tiempo de escuchar las noticias.

–No hay habitaciones disponibles, señor McMaster –le dijo, con toda la calma de la que era capaz–. A las ocho de la mañana empezaron los rumores sobre la huelga y los clientes del hotel decidieron alargar su estancia. Si lo hubiera sabido esta mañana… pero no lo sabía y lo siento. Están rodando una película en Melbourne y el equipo ocupa todos los hoteles de lujo de la ciudad. Y los baratos también… hasta hay gente acampada en el aeropuerto. De verdad, no hay nada –Meg vaciló un segundo–. ¿Tiene usted amigos en Melbourne? –le preguntó por fin–. Sus padres o… imagino que conocerá a alguien.

–¿Está diciendo que llame a mis padres o a algún amigo? –le preguntó él entonces, intentando contener su enfado.

–No, yo…

–No tengo intención de llamar a nadie. ¿Espera que pida que me admitan en algún sitio por caridad?

–No, claro que no…

–¿Que imponga mi presencia a alguien durante las Navidades?

–Señor McMaster…

–¿Dónde sugiere que me aloje? –la interrumpió él.

–No lo sé –tuvo que decir Meg.

–Le pago para que se encargue de todo –le recordó su jefe, mirando el reloj–. Y tiene quince minutos para hacerlo. Enviaré

unos documentos a Berswood por fax para trabajar el fin de semana. Mientras tanto, encuentre algún sitio, el que sea, donde pueda trabajar en paz.

Luego se encerró en su despacho dando un portazo y, por primera vez en su vida, Meg estuvo a punto de sufrir un ataque de histeria.

Pero la histeria no la ayudaría nada. ¿Qué podía hacer?

¿Dónde podría trabajar en paz?

Podría comprar un saco de dormir para que se quedase en el despacho, pensó, angustiada. Pero en la oficina no habría aire acondicionado.

Nada, imposible, se había quedado sin trabajo.

En poco más de una hora, el tren a Tandaroit se iría sin ella. Y en la granja había un montón de heno que se echaría a perder si no se cosechaba. Tenía que irse a casa.

Meg hizo una última llamada a una agencia de viajes para ver si podía encontrar un hotel. Pero a menos que reservara en hostales de poca categoría, no había nada de nada.

Desolada, se miró las manos hasta que, quince minutos después, la puerta del despacho se abrió de nuevo.

–¿Y bien? –le espetó McMaster. Esperaba una solución y sólo había una solución posible.

–No hay hoteles.

–¿Entonces qué?

«Dilo, tienes que decirlo».

–Va a tener que alojarse en mi casa –dijo Meg por fin, intentando desesperadamente parecer tranquila, como si aquello fuera lo más normal–. Es la única solución. Tenemos una habitación para invitados con su propio cuarto de baño y acceso a Internet y estaremos encantados de alojarlo en casa estas Navidades.

Si su jefe había estado enfadado antes, ahora era peor. Era como si hubiese una granada de mano con la espoleta quitada entre ellos. ¿Cuánto tardaban en explotar esas cosas?

–Me está ofreciendo caridad –dijo por fin, como si la palabra fuese veneno.

–No, no es caridad. Me temo que es la única solución y le aseguro que no es ningún problema.

Oh, qué mentira.

¿Pero qué otra cosa podía hacer? Si aceptaba, se pasaría todas las Navidades metido en su habitación, trabajando. Afortunadamente, tenían Internet en la granja. Costaba una

barbaridad, pero Scotty estaba encantado y tal vez así salvaría su puesto de trabajo.

–No quiero interrumpir las Navidades de nadie.

–No interrumpirá nada, puede quedarse en su habitación. Incluso podría llevarle la comida.

–No puedo creer que sea la única solución.

–Es la única que se me ocurre.

Daba igual lo que le ofreciera, iba a perder su trabajo, pensó. Tal vez debería presentar la renuncia antes de que la despidiese. Así podría marcharse y que él hiciera lo que quisiera esas Navidades.

Pero era un trabajo estupendo y tal vez el señor McMaster acabaría pasándolo bien. ¿No decían que en Navidad ocurrían milagros?

«Por favor, haz un milagro», pensó, incluyéndolo en su lista de deseos para Santa Claus.

–Se lo ofrezco de corazón y no será ningún problema –Meg miró su reloj, como si todo estuviera decidido–. Allí podrá trabajar y la habitación es muy agradable, con una vista estupenda. Si acepta mi oferta, el tren sale en una hora. Siento mucho que no pueda volver a casa, pero esto es lo único que puedo hacer.

W.S. McMaster estaba furioso. ¿Pero si estaba tan furioso por qué no llamaba a alguien? Debía tener conocidos en Melbourne.

–¿Su casa es grande?

–Sí, lo es.

–¿No hay niños?

–No –respondió Meg. Bueno, Scotty tenía quince años, de modo que no era un niño.

–¿Y tendré privacidad?

–Por supuesto.

–Muy bien –asintió él por fin–. Le pagaré por la habitación.

–No tiene que pagarme nada.

–Esto no es negociable –replicó McMaster.

–Muy bien, como quiera –Meg aceptó lo inevitable–. Voy a cambiarme. Podemos ir andando a la estación.

–¿Andando?

–Estamos en Navidades y el tráfico es horrible. Además, sólo son cuatro manzanas.

–¿Seguro que a su familia no le importará?

Meg se encogió de hombros.

–Imagino que les vendrá bien el dinero –contestó, sabiendo que al menos eso era verdad.

–No crea que me hace gracia este arreglo –le advirtió

McMaster–. Hablaremos de esta debacle después de las fiestas.

CAPÍTULO 2

¿DÓNDE lo llevaba aquella mujer?

Tal vez debería haber prestado más atención a lo que decía, pero se había metido en el despacho a trabajar hasta que le dijo que era hora de irse. Luego habían ido caminando hasta la estación en silencio y había permanecido así mientras ella compraba los billetes porque estaba demasiado enfadado después de repasar un último informe. El fax de Berswood había llegado antes de que salieran de la oficina y acababa de encontrar un error que tendría a sus abogados ocupados durante semanas.

¿De verdad habían pensado que no se daría cuenta?

Mientras se dirigían a la estación iba planeando cómo solucionar ese error, que tal vez no había sido un accidente. Enterrarse en el trabajo siempre había sido su manera de olvidarse del mundo y no le apetecía nada tener que ir a casa de su ayudante, sin un gimnasio en el que quemar energías y echando de menos a Elinor y los niños… eso era lo que más le dolía.

Al menos tenía el contrato de Berswood para trabajar, se dijo a sí mismo. Pero cuando el tren arrancó y escuchó el anuncio por los altavoces, levantó la mirada.

¿Dónde demonios…?

Meg y él estaban separados por el pasillo, tal vez porque no había encontrado dos asientos juntos.

–¿Cuatro horas? –exclamó.

–Nosotros nos bajamos antes del final de línea. Dos horas y media.

¿Dos horas y media?

William frunció el ceño. Pero ni siquiera podía regañarla. Apenas había sitio en el asiento para él, su maletín y su ordenador y a su lado iba una mujer con dos niños pequeños, uno en brazos y otro en un cochecito. Y Meg tenía otro, a saber de quién, sobre las rodillas. Había gente por todas partes en un tren que los llevaba a saber dónde.

Iba a un sitio desconocido con su ayudante.

Que ni siquiera parecía su ayudante, pensó entonces. Había entrado en el cuarto de baño para cambiarse de ropa antes de salir de la oficina y tenía un aspecto… diferente.

Normalmente, llevaba trajes de chaqueta oscuros, blusa blanca, zapatos planos y el pelo sujeto en un moño. De hecho, nunca la había visto con un pelo fuera de su sitio. Pero en aquel momento llevaba un pantalón vaquero, zapatillas de deporte un poco gastadas y una camisa blanca sin mangas.

Lo más asombroso era que se había quitado el moño y su melena de color castaño caía en ondas sobre sus hombros. Y al cuello llevaba un colgante en forma de ángel.

Un ángel que seguramente llevaría bajo la blusa pero que nunca había visto, pensó, asombrado por la transformación. Tenía un aspecto informal, juvenil… y no le gustaba. No le gustaba estar en aquel tren y no le gustaba que su ayudante estuviera charlando con la mujer que tenía enfrente a saber de qué.

No podía controlar lo que estaba pasando y decir que no estaba acostumbrado a esa sensación era decir poco.

William McMaster era un hombre que controlaba su mundo. Sus padres eran unas personas muy frías y había aprendido desde pequeño que si protestaba por algo, las niñeras eran despedidas. De modo que no protestaba. Él prefería la continuidad, un mundo sin problemas.

Y pagaba a su ayudante precisamente para eso, para no tener problemas.

Meg Jardine estaba titulada en Comercio y tenía muy buenas referencias del banco en el que había trabajado. Sólo cuando sus circunstancias personales cambiaron solicitó el puesto de ayudante.

–Necesito pasar más tiempo con mi familia –le había dicho el día que la entrevistó. Y él no había preguntado nada más.

La vida privada de su ayudante no era asunto suyo.

Pero ahora sí era asunto suyo y, por lo tanto, debería haberle hecho más preguntas. Porque estaba atrapado con su familia, fuera como fuera esa familia.

Mientras en Nueva York…

Debía ponerse en contacto con Elinor urgentemente, pero no podía llamarla en ese momento porque en Nueva York eran las tres de la mañana. Tendría que esperar unas horas.

Y la idea de ponerse en contacto con ella para decirle que no estaría en Nueva York esas Navidades lo ponía enfermo.

–Sólo falta una hora –le dijo Meg y, para su asombro, parecía alegre–. Juegue con algún niño si está aburrido. Seguro que a la señora le vendría bien.

–No, por favor –se apresuró a decir la mujer–. No quiero estropearle el traje.

William hizo una mueca. Se había quitado la chaqueta, pero seguía pareciendo lo que era, no tenía la menor duda. Él sólo tenía trajes de chaqueta o ropa para hacer deporte. Nada más.

Esperaba que eso no fuera un problema, pero…

¿Dónde iban?

Imaginó una casita con una cómoda habitación de invitados donde podría encerrarse para trabajar durante tres días. Pero les pagaría por su estancia, así no tendría que relacionarse con ellos.

¿Pero dónde iban?

Él era un hombre de negocios multimillonario. Él no tenía problemas como aquél.

¿Qué pasaría si se tirase de un tren en marcha?

Estaba prohibido beber alcohol en el tren. Afortunadamente, porque aquel vagón empezaba a parecer una fiesta. Estaba lleno de pasajeros que volvían a casa por Navidad y cuando alguien empezó a cantar un villancico, sin saber por qué, Meg se apuntó.

¿Estaba borracha?

No, en absoluto. Había perdido su trabajo, pero no podía hacer nada. Aunque había hecho todo lo humanamente posible, no había sido capaz de sacar a su jefe de Melbourne y, además, iba a llevarlo a su casa. Pero él no le había preguntado dónde estaba su casa porque no parecía importarle.

Meg lo miró y pensó que resultaba incongruente en aquel tren. Tenía un aspecto…

Fabuloso, tuvo que reconocer. Y allí estaba, la atracción que había intentado contener desde que empezó a trabajar para él. W.S. McMaster era un hombre extraordinario, inteligente, poderoso, guapísimo. Trabajaba sin parar pero pagaba buenos salarios y por eso esperaba lo mejor de sus empleados.

Y era tan sexy. Si no tenía cuidado, acabaría enamorándose como una colegiala. Pero había sabido eso desde el principio, desde la primera entrevista.

W.S. McMaster era su jefe, nada más.

Aprendía mucho trabajando con él y jamás había habido la menor relación personal entre jefe y secretaria.

Pero tendría que haber algún tipo de interacción entre ellos porque W.S. McMaster iba a pasar las Navidades con su familia.

Y esperaba que fuese amable con Scotty.

Durante los próximos días no podría seguir siendo el magnate W.S. McMaster. Tenía que dejar de pensar en él como jefe y empezar a verlo como alguien que debería sentirse agradecido por

tener una casa en la que pasar las Navidades.

Por eso, cuando se cambió de ropa había querido dejar claro que aquel fin de semana no iba a ser una extensión de su horario de trabajo.

McMaster podría encerrarse en la habitación durante todas las Navidades si le daba la gana, pensó. Le había enviado un mensaje a Letty diciendo en qué habitación debía acomodarlo; la del ático era la mejor porque había una buena cama, un escritorio y un sillón. Y tenía su propio cuarto de baño. W.S. McMaster era un adicto al trabajo, de modo que tal vez incluso comería en la habitación.

Meg lo miró de soslayo, pensando: «me llevo a mi jefe a casa por Navidad cuando podría estar haciendo muñecos de nieve en Central Park».

¿Con quién?

No lo sabía y le daba igual. Además, él no le había dicho que echase de menos a nadie. Si iba a estar trabajando en un lujoso ático, comiendo langosta, caviar y trufas y abriendo regalos solo…

Ella iba a su casa con Scotty, su abuela y cien vacas.

Aunque perdiera su trabajo, ella se iba a casa por Navidad.

Y era muy noble por compartirla con él, se dijo.

Tandaroit no era tanto una estación de tren como un apeadero. Habían estado a punto de cerrarlo, pero inmediatamente Letty presentó una petición con cinco mil firmas en el Ministerio correspondiente. Aunque sólo usaran el apeadero Letty, Scotty y ella y las firmas las hubiera conseguido en una de las calles más concurridas de Melbourne, sobre la ahora descartada silla de ruedas de Scotty.

Pero el apeadero de Tandaroit seguía allí, que era lo importante.

Cuando Letty quería algo, generalmente lo conseguía. Su energía era legendaria. La muerte de su hijo y su nuera cuatro años antes la había dejado con el corazón roto pero, como decía siempre: «lo único que podemos hacer es seguir adelante».

Meg había dejado su puesto en un banco de Melbourne para trabajar en Curalo, la ciudad más cercana a la granja, pero entonces había visto el anuncio de McMaster.

–Estarás fuera de aquí durante tres meses al año, pero el resto del tiempo te tendremos con nosotros. Eso sería mejor para Scotty, mejor para todos. Y mira el sueldo que ofrece –le había dicho Letty–. Inténtalo al menos.

Tres años después, estaba intentando sacar su bolsa del compartimento de equipajes mientras William McMaster se

levantaba del asiento. Y eso era lo que debía hacer ahora, pensó: seguir adelante.

«Navidades, allá vamos».

Su bolsa se había quedado enganchada debajo de varias otras, pero consiguió rescatarla de un tirón, dando un paso atrás cuando su jefe salía al pasillo. W.S. McMaster tuvo que sujetarla. Su jefe estaba sujetándola por la cintura y Meg no protestó.

Estaba cansada y nerviosa. Había intentado mostrarse alegre, fingir que no pasaba nada, como si llevar a su casa a W.S. McMaster fuese lo más normal del mundo. E intentaba pensar que no había perdido el mejor trabajo que había encontrado nunca.

De repente todo era demasiado y por un momento bajó la guardia y se apoyó en él, en su camisa nueva, respirando el aroma de su cara colonia masculina…

Meg, que no se había ruborizado en toda su vida, se puso colorada hasta la raíz del pelo, apartándose de W.S. McMaster como si la quemara.

El tren se perdió en la oscuridad de la noche, la civilización sobre ruedas, dejándolos donde no había civilización. Las nueve de la noche en el apeadero de Tandaroit, con una simple bombilla brillando sobre sus cabezas. Y nada más.

–¿Dónde estamos exactamente? –le preguntó, como si acabaran de aterrizar en la Luna.

Pero Meg, ocupada escudriñando en la oscuridad por si veía las luces de la furgoneta de Letty, no estaba escuchando.

Llegaba tarde y la había amenazado de muerte si llegaba tarde a buscarlos.

Ni siquiera podía llamarla por teléfono para preguntar dónde estaba porque allí no había cobertura para el móvil.

–No hay cobertura –dijo William, como si hubiera leído sus pensamientos.

–En la granja tenemos teléfono fijo.

–¿Me ha traído a un sitio donde no hay cobertura para el móvil? –preguntó él, incrédulo.

–Esto es mejor que dormir en el aeropuerto –dijo Meg, desesperada.

–¿Cómo que es mejor? –exclamó William, mirando alrededor.

Estaba viendo lo mismo que veía ella: oscuridad.

–Vendrá enseguida.

–¿Quién vendrá enseguida?

–Mi abuela –respondió Meg, con los dientes apretados–. Si sabe

lo que es bueno para ella, vendrá ahora mismo.

–¿Su casa está lejos de la estación?

–A catorce kilómetros.

–¿Catorce kilómetros?

–Tal vez un poco más.

–¿Es una granja?

–Sí.

–¿Entonces Tandaroit…?

Meg respiró profundamente. Ponerse histérica no serviría de nada.

–Es más un distrito que un pueblo. Antes había un colegio y pistas de tenis, pero ya no existen. Ahora el colegio se usa como almacén.

–Y su granja está a catorce kilómetros de este… sitio –dijo él–. Un poco lejos para ir caminando.

–No vamos a ir caminando.

–Estaba pensando en lo que tardaría en venir andando hasta aquí cuando decida marcharme.

Meg dejó de mirar hacia el camino para volverse hacia su jefe.

–¿Quiere decir si resulta que cuando llegue a la granja se encuentra con un puñado de asesinos?

–He visto *La matanza de Texas*.

–No lo somos, no se preocupe.

–¿No tiene coche?

–No.

–Pero yo le pago un buen salario.

–Tenemos la furgoneta de Letty y un tractor. ¿Qué más necesitamos por aquí?

–¿Le gusta estar esperando en apeaderos a una abuela que podría llegar o no?

–Vendrá, tranquilo.

W.S. McMaster suspiró pesadamente.

–Para llevarnos a un sitio a catorce kilómetros de una estación a la que el tren llega… ¿cuántas veces?

–Tres o cuatro veces por día, pero aquí sólo para una vez.

–Una vez –repitió él–. El tren para una vez, a catorce kilómetros del sitio al que vamos, y no hay cobertura para el móvil. Y viene a buscarnos una abuela a la que su nieta podría estar dispuesta a asesinar.

Meg se pasó una mano por el pelo, intentando calmarse.

–Vendrá, se lo aseguro.

–No es que no haya sido una invitación muy amable por su parte

–se apresuró a decir W.S. McMaster.

–Podría haberlo dejado en la oficina.

–Pero ha sido usted quien me ha metido en este lío.

–Usted podría haber escuchado las noticias en la radio esta mañana, igual que yo –replicó ella.

¿Había dicho eso de verdad?, se preguntó luego, asombrada. ¿Qué esperanzas le quedaban de conservar el trabajo?

–Le pago para que lo tenga todo controlado, señorita Jardine –dijo él.

Bueno, si había llegado tan lejos…

–Anoche salí de la oficina a las once y he ido a buscarle al hotel a las seis de la mañana. ¿Yo no tengo ocho horas libres siquiera?

–Le pago para que esté a mi disposición veinticuatro horas al día. Y le pago muy bien.

–No estoy hablando del salario –dijo Meg entonces–. He tenido que lavarme el pelo esta mañana, cuando debería haber estado escuchando la radio, porque anoche caí rendida en la cama después de catorce horas de trabajo. Y ahora mi jefe va a tener que pasar las Navidades en mi casa y él no parece en absoluto agradecido. Me toca cargar con alguien que podría destrozar las Navidades de mi familia si sigue haciendo que me sienta culpable por algo que no es culpa mía.

Meg se mordió los labios. Estaba sin aliento, sin emoción, sin palabras. Y, aparentemente, a él le pasaba lo mismo.

Pero no podía despedirla en aquel momento, cuando estaba a punto de ir a su casa, pensó. Si lo hacía, Letty y ella se convertirían en asesinas.

O podría dejarlo allí, en el apeadero de Tandaroit hasta que llegase el próximo tren al día siguiente.

–No lo haga –dijo él entonces. Y Meg recordó, demasiado tarde, la increíble habilidad de W.S. McMaster para leer sus pensamientos–. El aire aquí es… muy limpio –añadió, como si hubiera decidido mostrarse un poco más conciliador.

–Gracias.

¿Qué otra cosa podía decir?

–Esa abuela suya…

–Letty.

–Imagino que alguien más en la casa tendrá coche.

–No, sólo Letty.

–¿Quién más vive con ustedes?

–Scotty, mi hermano pequeño.

–Dijo que no había niños.

–Scotty no es un niño, tiene quince años.

–¿Hay alguien más?

–Nadie más –¿Dónde están sus padres?

–Murieron –respondió Meg–. Hace cuatro años, en un accidente de coche.

–¿Y por eso quiso trabajar conmigo?

–Pues sí, para poder estar más tiempo en casa. Irónico, ¿verdad?

Pero McMaster ya no estaba escuchando. De hecho, ¿había estado escuchándola de verdad?

En ese momento vieron unas luces que se acercaban por la carretera.

¿Podría ser Letty?

«Por favor, por favor». Meg volvió a mirar… sí, eran dos puntitos de luz, los faros de la furgoneta.

–*La matanza de Texas* –murmuró. Y su jefe dio un respingo–. Lo he dicho de broma.

–Pues no haga esas bromas.

–Nada de bromas –asintió ella, tomando su bolsa de viaje–. Bueno, aquí está Letty y, aunque usted no lo crea, no le va a pasar nada. Tendrá una habitación privada con acceso a Internet y puede quedarse encerrado en la habitación durante todas las Navidades. Pero le advierto que Letty es una cocinera fabulosa. Y estar aquí es mejor que acampar en la oficina.

–Imagino que sí –asintió él, aunque no parecía muy convencido–. Y le estoy agradecido.

–Sí, seguro.

McMaster la miró en silencio durante unos segundos.

–Bonito pelo –dijo entonces, sorprendiéndose a sí mismo.

–Gracias –respondió Meg, atónita. Era la primera vez que comentaba algo sobre su aspecto.

En cuanto llegaran a la granja, instalaría a W.S. McMaster en su habitación y se olvidaría de él.

Enfadarse no lo llevaría a ningún sitio, pensó él. Sí, su ayudante se había cargado sus planes para Navidad y seguramente no debería haber aceptado ir con ella a aquel sitio, en medio de ninguna parte. Si lo hubiera pensado bien, podría haber alquilado un apartamento o incluso comprarlo. Cualquier cosa mejor que estar a merced de una anciana llamada Letty que parecía tener el único coche disponible en muchos kilómetros a la redonda.

No se habían cruzado con ningún otro mientras iban por la carretera y la furgoneta en la que viajaban hacía unos ruidos

preocupantes. Había algo raro en el tubo de escape, como si no lo tuviera, y cada vez que cambiaba de marcha emitía un chirrido horroroso.

Él iba sentado en el asiento trasero, con su maleta y la bolsa de Meg, mientras Letty no paraba de hablar.

–He llegado tarde porque Dave Barring fue a la granja a echarle un vistazo a Millicent. Millicent es una vaca que va a parir en Navidad. Dave es el veterinario del pueblo y va a pasar las Navidades fuera, así que quería comprobar cómo iba el asunto. Me ha dicho que todo irá bien –estaba diciéndole a Meg–. Luego tuve que ir a buscar tres bolsas de fertilizante a Robertson's. Robby me dijo que si no me las llevaba esta noche, la tienda estaría cerrada hasta poco antes de Año Nuevo, así que siento mucho si va apretado ahí detrás.

–Estoy bien –dijo él. Pero no era verdad.

Enfadarse no valía de nada, se recordó a sí mismo. Y si se lo decía suficientes veces, tal vez lo creería.

–Podemos cambiar de sitio, si quiere –se ofreció Meg.

–Tú no puedes sentarte atrás con Killer –le recordó Letty.

Tenía razón. Killer, una mezcla de labrador retriever y perro ovejero, iba sentado sobre ella en el asiento delantero. Era enorme, peludo y negro como la noche. Había recibido a Meg con tal exuberancia que, una vez más, William había tenido que sujetarla para que no la tirase al suelo.

Mientras Killer saludaba a Meg, Letty le había dado un apretón de manos más fuerte que el de un hombre. Luego saludó a su nieta con un abrazo que había hecho a Meg soltar un gemido y posteriormente se había puesto a organizarlo todo como un general.

–Usted, en el asiento trasero, Meg delante con Killer. Le he dicho a Scotty que volvería a las nueve y media, así que hay que moverse.

Estaban moviéndose; de hecho, estaban volando sobre la carretera a una velocidad que lo hacía sentir como si estuviera a punto de perder algún diente.

–¿Cómo tengo que llamarlo? –le preguntó Letty, mirando por encima de su hombro.

–Ya te lo he dicho, es el señor McMaster –respondió Meg, aunque su voz sonaba como si estuviera bajo una manta. O sea, Killer.

–¿Mac? –sugirió Letty.

–Es mi jefe –Meg suspiró–. No, no es Mac.

–Es nuestro invitado estas Navidades. ¿Cómo vamos a llamarlo señor McMaster? ¿Qué tal Mac?

Él no estaba acostumbrado a esas familiaridades.

W.S.

Señor McMaster.

Señor.

Una vez, una mujer llamada Hannah lo había llamado «William» y no le había gustado nada.

–¿Qué tal Bill? –siguió Letty–. Es el diminuto de William. O Billy.

–¿Billy? –repitió Meg, asustada–. Abuela, por favor.

–William –dijo él por fin.

–¿Willie? –sugirió Letty.

–William.

Su abuela suspiró.

–Will sería mejor. Aunque un poco corto.

–Como Meg –dijo ella.

–Sabes que a mí me gusta más Meggie.

–Y tú sabes que yo no contesto cuando me llamas así –Meg se volvió hacia el asiento de atrás–. No tenemos que llamarlo nada que no le guste. Puede seguir siendo el señor McMaster.

–No, de eso nada –replicó Letty–. Durante las Navidades no vamos a llamarlo «señor McMaster», sería ridículo. ¿Y por qué sigues tú llamándolo así? ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él, tres años?

–Él me llama señorita Jardine.

–Entonces tendréis que relajaros un poco –dijo su abuela–. A partir de ahora, Meg y William. Y si os oigo llamaros señor o señorita, os llamaré Meggie y Willie durante el resto de las Navidades. ¿De acuerdo?

–Como tú digas –Meg suspiró, sabiendo que era imposible discutir con ella.

–Muy bien –asintió William.

Habría que redefinir «muy bien».

Él esperaba una granja medio abandonada en medio del campo, pero lo que encontró fue Fantasía. Cuando llegaron a un promontorio, allí estaba, una casa que parecía sacada de un cuento de hadas.

O no. A medida que se acercaba…

No, nada de cuento de hadas. Un paisaje de postal navideña.

La granja, rodeada de árboles del caucho, estaba tan iluminada como un hotel. Había tanta luz que debía ser visible hasta en Melbourne.

–Abuela, ¿qué has hecho? –exclamó Meg.

–Lo hemos hecho entre Scotty y yo. ¿Te gusta, William?

La casa tenía dos chimeneas y lo que parecía un trineo entre ellas. Y una figura de Santa Claus… o más bien la parte inferior de Santa Claus, sus piernas moviéndose de derecha a izquierda como si se hubiera quedado enganchado en la chimenea.

Aquella casa era Bloomingale's, en Nueva York. Había luces por todas partes, miles de bombillitas que la hacían parecer una casa de dibujos animados.

–Hemos tardado días en ponerlas –siguió Letty–. Cuando llamaste para decir que a lo mejor no podías venir esta noche, Scotty y yo nos llevamos un disgusto después de tanto trabajo.

–Ya lo veo –murmuró Meg, atónita–. Pero abuela…

–Y antes de que digas una palabra, lo hemos comprado en Internet. Scotty descubrió que una señora lo vendía todo a muy buen precio. Algunas personas –siguió Letty, pisando el freno para que pudiesen admirar su obra de arte –no saben apreciar la Navidad.

–Pero la factura de la luz será enorme.

Meg no quería ni imaginar cómo demonios se habían subido al tejado para colocar la figura de Santa Claus.

–Casi todo funciona por energía solar. Salvo Santa Claus. No hay muchas mitades de Santa Claus que funcionen con luz solar –Letty chasqueó la lengua–. No hemos conseguido que las piernas se muevan bien, pero las arreglaré antes de Navidad. ¿Qué te parece?

William notó que había cierta ansiedad en esa pregunta y pensó que tal vez Letty no era tan dura como parecía. Desde luego, quería darle una alegría a su nieta, que estaba en alguna parte, debajo del perro.

–Si vuelves a subirte al tejado, le daré tus regalos de Navidad a los perros, pero me encanta –dijo Meg por fin.

–¿En serio?

–En serio, ha quedado preciosa. Es divertida y las piernas de Santa Claus son geniales.

–¿A ti qué te parece, Will? Y no me mientas.

La cabeza de Meg asomó por debajo del perro. «Dale un disgusto a mi abuela y te la cargas», parecía decirle con la mirada. Y era una mirada tal que William tuvo que revisar todo lo que pensaba de su competente ayudante.

Su anfitriona esas Navidades.

–Es adorable –respondió por fin.

–Estás mintiendo –dijo Letty.

–Sí, es verdad –William tuvo que sonreír–. No hay nada adorable en un par de pantalones rojos asomando por una chimenea. Pero la casa está fantástica, con mucho espíritu navideño. Creo que éstas van a ser unas Navidades para recordar.

–¿Mejor que quedarte en la oficina? –preguntó Meg.

–Mejor que la oficina.

Tal vez.

Poco después paraban frente a la casa, de la que salieron varios perros. ¿Parientes de Killer? William abrió la puerta de la furgoneta y cuatro hocicos se acercaron para investigar. Afortunadamente, todos eran más pequeños que Killer. Blancos y negros. ¿Collies?

–¡Fred, Milo, Turps, Roger, dejad al pobre hombre en paz! –gritó Meg.

Y la manada se dirigió frenéticamente al otro lado para saludar a alguien a quien, evidentemente, adoraban.

William bajó de la furgoneta y la miró mientras acariciaba a los animales. Su compuesta y seria ayudante había desaparecido por completo. Literalmente. Meg, enterrada bajo los perros que la lamían y la besaban desde todos los ángulos, parecía encantada.

–Killer es el perro de Meg –le explicó Letty–. Fred y Roger son míos, Turps y Milo de Scotty, pero todos adoran a mi nieta. Se le dan bien los animales.

Meg estaba enterrada debajo de los perros y eso lo hizo pensar.

En veinticuatro horas debería estar entrando en su apartamento sobre Central Park. Su ama de llaves habría estado allí antes que él para encender la calefacción, llenar la nevera de provisiones… incluso habría puesto un árbol de Navidad. Su casa tendría un aspecto elegante, exclusivo y acogedor.

Tal vez no tan acogedor como aquella casa.

Pero habría sido recibido casi como Meg, pensó, entristecido. Qué mala suerte que los controladores aéreos se hubieran puesto en huelga precisamente durante las fiestas.

Él no mostraba sus emociones. Estaba acostumbrado a esconder sus sentimientos, pero aquella noche…

No tenía sentido pensar en ello, se dijo, intentando disimular su disgusto. Elinor tendría que organizar otra cosa y, al fin y al cabo, los niños estaban acostumbrados a las desilusiones.

Pero eso no mejoraba su estado de ánimo, al contrario.

«No lo pienses».

¿Por qué disgustarse por algo que no podía controlar?

¿Y por qué ver a aquella mujer jugando con sus perros intensificaba esa emoción? ¿Por qué lo hacía sentir como si

estuviera frente al escaparate de una tienda de caramelos?

«Contrólate», se dijo a sí mismo. Iba a tener que estar allí tres días y lo mejor sería aprovechar el tiempo.

–¿Dónde está Scotty? –preguntó Meg.

Scotty estaba mirándolos.

El chico que estaba en el porche era alto y muy delgado. Tenía el pelo rizado del mismo color que su hermana, las pecas de Meg, los ojos verdes de Meg, pero daba la impresión de estar enfermo. Tenía una cicatriz en la mejilla y una férula metálica en la pierna izquierda, desde el pie a la cadera.

Lo miraba con expresión nerviosa, pero enseguida se volvió hacia su hermana.

–¡Scotty!

Olvidándose de los perros, Meg corrió hacia su hermano y le dio un abrazo de oso que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Debía medir veinte centímetros más que ella, pero no parecía capaz de soportar su peso.

Aunque no lo intentaba siquiera. Evidentemente, estaba encantado devolviéndole el abrazo a su hermana, pero con una mirada recelosa hacia él.

–Hola. Yo soy William.

Lo había dicho y no le había dolido ni nada.

–Yo soy Scott –dijo él. Y Meg se volvió para mirarlo con gesto protector.

–Ésta es mi familia –anunció–. Letty, Scotty y nuestros perros.

–Scott –la corrigió su hermano, intentando parecer mayor.

El problema era que, como le pasaba a todos los adolescentes, estaba en ese punto en el que aún le salían gallos.

Y aparte de los gallos, debía tener un problema en las piernas. Uno no llevaba un aparato metálico de los pies a la cadera a menos que tuviera un serio problema en los huesos.

Meg le había dicho que sus padres habían muerto cuatro años antes en un accidente. ¿Habría ido Scott en el coche con ellos?

¿Por qué él no sabía nada de eso?, se preguntó. Él siempre se había enorgullecido de contratar por instinto más que por las referencias, pero debería haber investigado un poco más a Meg Jardine.

–¿Habéis llegado sin problemas, Meg? –le preguntó su hermano. Y William se dio cuenta de que estaba intentando parecer mayor de lo que era–. La furgoneta está hecha un asco, pero la abuela no me deja tocarla.

–Si tocas la furgoneta tendremos que utilizar el tractor para

desplazarnos –dijo Letty–. Pero la llevaremos al taller con el próximo cheque de la leche.

–No pasaría nada por echarle un vistazo.

–Tienes quince años, no eres mecánico.

–No, pero he leído…

–No –lo interrumpió Letty–. La furgoneta está bien.

–Yo intenté arreglar el carrito de golf de mi padre cuando tenía quince años –intervino William–. Pero le puse cien caballos más de potencia y cuando pisó el acelerador salió disparado y se dio un golpe contra la puerta del garaje. ¡Menuda bronca me echó! Huelga decir que no volvió a dejarme tocar uno de sus coches.

Scott sonrió, una sonrisa tímida pero una sonrisa al fin y al cabo. Y también Meg y Letty, y eso lo sorprendió.

Esas sonrisas casi lograban calmar su enfado. Aparentemente, podía olvidarse de *La matanza de Texas*. Aquélla era gente decente. Y, además de trabajar, tal vez intentaría hacer sonreír a Meg otra vez. No le parecía mala idea.

–Nos hemos quedado sin Internet –anunció Scott entonces. Y, de repente, sonreír era lo último en la lista de prioridades de William.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado? –preguntó Meg.

–Ha habido un deslizamiento de tierras en el sur y se han caído los postes de teléfono. No saben cuándo podrán arreglarlo. Tardarán días, imagino.

–¿Los postes de teléfono? –repitió William–. ¿Todavía usáis el teléfono para acceder a Internet?

–Ya lo sé, la conexión es lentísima –Scott suspiró–. Pero la conexión por satélite cuesta mucho dinero.

–Y tampoco hay cobertura para el móvil.

–No.

–¿Y alguien sabe cómo arreglar el teléfono?

–No –respondió Meg, muy nerviosa. Como debía ser.

–¿Entonces no tengo conexión a Internet? –exclamó William, airado.

Scott lo miró con expresión beligerante. Tal vez pensaba que iba a lanzarse sobre su hermana. Tal vez iba a hacerlo.

Pero William no estaba pensando en eso. Se sentía enfermo. Debería haber llamado a Elinor antes de salir de Melbourne, debería haberla despertado. Tenía que ponerse en contacto con ella como fuera.

–No puedo quedarme –empezó a decir–. Hasta el aeropuerto tiene que ser mejor que esto.

–¡Oye! –exclamó Letty.

Pero William no tenía tiempo ni ganas de pedir disculpas porque sólo podía pensar en Elinor y en dos niños pequeños.

–Tengo que llamar por teléfono ahora mismo, es urgente.

–La cena está esperando.

–Esto es importante. Hay gente que me espera en Nueva York y no saben nada de mí.

–Pero no ibas a llegar hasta mañana –dijo Meg–. No iban a estar esperándote en el aeropuerto.

–Necesito un teléfono. Encuéntralo, Jardine –le ordenó William. Como ayudante era la mejor y dependía de ella en momentos de crisis.

–Muy bien, lo haremos después de la cena.

–¿Qué haremos?

–Ir a casa del amigo de Scotty… de Scott, Mickey. Vive a tres kilómetros de aquí y sus padres tienen una conexión por Skype. Puedes usarla durante media hora mientras yo charlo con la madre de Mickey. Seguramente estará despierta.

–Necesito más tiempo…

–Media hora máximo –lo interrumpió ella–. Y hasta eso es un gran favor. Son granjeros como nosotros y ya es muy tarde. Pero podrás hablar con Nueva York, que es lo que importa. Aunque allí deben ser las seis y media de la mañana.

–Da igual, estará despierta.

–Ah, muy bien –murmuró Meg.

¿Despierta? De modo que se trataba de una mujer…

–Señorita Jardine…

–Meg –lo interrumpió ella–. Soy Meg hasta que vuelva al trabajo… si vuelvo.

–No creo haberte despedido.

–No, es verdad. Y dicen que en Navidad ocurren milagros –Meg suspiró–. Bueno, te llevaré a casa de Mickey después de cenar. Has hecho pastel de mango, ¿verdad, abuela?

–Por supuesto –respondió Letty.

–¿A qué estamos esperando? –Meg tomó su bolsa de viaje y se abrió paso entre los perros para entrar en la casa–. Ah, por cierto, William, ¿quieres cenar en tu habitación?

–Pues… no, creo que no –respondió él.

–Una pena –dijo Meg, entre dientes.

CAPÍTULO 3

UNA hora después, fortificados por una cena que había consistido en sándwiches de jamón y pastel de mango, estaban en la furgoneta de nuevo, dirigiéndose a la granja de Mickey. Eran casi las once, pero Meg sabía que estarían despiertos.

Además, era la única posibilidad de que su jefe hablara con Nueva York y tenía que funcionar.

¿Quién lo esperaría en Nueva York?, volvió a preguntarse. William no había dicho nada y ella no quería preguntar, de modo que fueron a la granja en silencio.

Unos minutos después, detenía la furgoneta frente a una casa menos impresionante que la de Letty, pero en lugar de llamar a la puerta, tomó un puñado de gravilla y la lanzó contra la ventana.

Mickey asomó la cabeza de inmediato.

–¿Bruce?

Ese nombre la hizo olvidar todos sus problemas. Una vez, Mickey habría esperado a Scott, pensó con tristeza. Eran de la misma edad y vivían a unos kilómetros el uno del otro… cuatro años antes, sus bicicletas habían creado un nuevo carril entre ambas casas.

Pero Scott estaba demasiado cansado para ir con ellos. Siempre estaba cansado. Apenas había probado la cena y sus notas en el instituto no eran tan buenas como deberían porque, sencillamente, no estaba interesado. Seguía teniendo problemas físicos, pero era algo más. Y después de Año Nuevo tendría que volver a hablar con los médicos sobre su depresión.

¿Pero cómo podía solucionar la depresión un chico que se enfrentaba a lo que se enfrentaba Scott? ¿Cuánto tiempo tardaría en volver a montar en bicicleta? Él creía que no lo haría nunca.

Pero Meg no lo aceptaba y haría lo que tuviera que hacer para que Scott volviera a ser como los demás chicos de su edad. Y eso significaba conservar su empleo, de modo que debía ser amable con su jefe durante esos días. O todo lo amable que pudiera. Y eso significaba tirar piedrecillas a la ventana de un vecino tres días antes de Navidad.

–Soy Meg.

–¿Meg? –repitió el chico. Parecía contento y eso la agradó. Le

gustaba volver a casa. Le gustaba que todo el mundo en Tandaroit la conociese.

–Nos hemos quedado sin línea telefónica y tenemos un invitado que necesita hablar con Nueva York ahora mismo. Scotty… Scott dice que tú tienes Skype. ¿Te importaría que lo usara el señor McMaster?

–William –dijo él.

–¡Hola, Will! –lo saludó Mickey, aparentemente encantado con la visita.

–¿Tus padres están dormidos? –le preguntó Meg.

–Mi padre sí, tiene que ordeñar a las cinco. Pero mi madre está en la cocina haciendo pasteles. ¿Quieres que le diga que estás aquí?

–Sí, por favor. No quiero que piense que queremos colarnos en la casa.

–No, tú no –Mickey rió, como si eso hubiera ocurrido en más de una ocasión con sus amigos.

Y Meg pensó, con tristeza, cuántas cosas de la vida normal se estaba perdiendo Scotty.

De modo que su jefe usó Skype mientras Meg ayudaba a Jenny, la madre de Mickey, a hacer pasteles.

–La casa está preciosa –le dijo, mirando la acogedora cocina.

–Precioso es lo que está en la habitación de Mickey ahora mismo –bromeó su vecina, refiriéndose a William, a quien le había presentado antes–. Lo he visto en las revistas del corazón, pero es más guapo en persona. Es como supermegamillonario, ¿no?

–Sí, eso parece.

–Y lo has traído a casa por Navidad.

–Puedes quedártelo si quieres –dijo Meg–. Seguro que estaría más contento aquí. Por lo menos tenéis Internet.

–Sí, tenemos Internet y también tenemos a Mickey, unas mellizas y a la familia de Ian, que viene mañana. Habrá ocho niños en la casa, que Dios me ayude –Jenny soltó una carcajada–. No, en serio, me parece muy bien que lo hayas traído a casa por Navidad. ¿Tiene novia?

–Ni idea. Soy su ayudante, no sé nada de su vida personal.

–¿Y a quién está llamando ahora mismo?

–Ni idea.

–Se lo preguntaré a Mickey.

Pero Mickey, que entró en la cocina dos minutos después, no les sirvió de mucha ayuda.

–Está hablando con alguien, pero no sé con quién.

–¿Qué vas a regalarle a William por Navidad, Meg?

Oh, cielos, otro problema en el que no había pensado. Como siempre, había comprado muchas cosas para su familia, pero no tenía nada para William.

–Él lo tiene todo –murmuró.

–No tiene Skype –intervino Mickey.

–Lo tendrá la semana que viene, cuando vuelva a Nueva York.

–Pues cómprale una antena parabólica para estos días. Así Scotty podrá usar Skype cuando se marche.

Sí, claro, qué gracioso.

–Eso cuesta mucho dinero, Mickey.

El chico arrugó la nariz antes de ir al salón a ver la tele. Problemas de adultos, no le interesaban.

–¿Qué tal si le haces un jersey al de los ojos bonitos? –sugirió Jenny–. ¿Sabes hacer punto?

–¡No! –exclamó Meg–. Lo único que necesita es un avión para salir de aquí.

Jenny levantó la mirada hacia el piso de arriba.

–Me encantaría ser una mosca en la pared ahora mismo. ¿Con quién estará hablando?

–No lo sé y no es asunto mío.

Su amiga soltó una risita.

–Lo que pasa es que las paredes son gruesas y no podemos enterarnos, pero te gustaría saberlo, ¿a que sí? Es el soltero más cotizado del mundo y el más guapo, además. Y va a ser tu invitado durante estas Navidades. Lo tienes atrapado, cariño. Si no intentas que se interese por ti es que estás loca.

–Ya he terminado –la voz de William desde la puerta hizo que las dos mujeres dieran un respingo. Meg se puso colorada de nuevo… y ya iban dos veces.

«Lo único que pido para estas Navidades es mi dignidad», pensó, angustiada.

–¿Has conseguido… hablar con esa persona? –le preguntó.

–Sí, gracias.

¿Habría escuchado su conversación con Jenny?

«Soltero de oro… lo tienes atrapado».

–¿Con quién tenías que hablar? –le preguntó Jenny directamente, mientras le ofrecía un plato de galletas.

–Con amigos –respondió él, con una expresión indescifrable.

Y Meg conocía bien esa expresión. Significaba que W.S. McMaster estaba molesto y habría consecuencias.

–Cómete una de mis galletas o me enfadaré contigo para siempre

–le advirtió Jenny–. El precio de mi cibercafé es un cumplido para la cocinera.

Estaba atrapado de verdad, pensó Meg. Se veía obligado a comer galletas y a no decir lo que pensaba. Debía ser una tortura para él.

–¿Vas a decirnos quiénes son esos amigos que están despiertos a las seis de la mañana en Nueva York?

–No tiene por qué contarnos nada, Jenny.

–No, ya lo sé, pero es que me interesa.

–Muchísimas gracias por dejarme usar tu ordenador –William sacó un billete de la cartera que dejó sobre la mesa de la cocina.

–¿Qué haces?

–Pagarte por la conexión.

–Guárdatelo –dijo Jenny.

–No va a cobrarte nada, es mi amiga –intervino Meg.

–Pero no es mi amiga –replicó él.

«Ah, no, eso sí que no». Se había pasado. William era su invitado y había cosas que no pensaba soportar. Que insultara a Jenny era una de ellas.

–Lo es porque te ha dejado usar Internet cuando no tenía por qué hacerlo, sin que pagues un céntimo. Aquí no tratamos así a la gente. Pero no te preocupes, no tendrás que ir andando a la estación, yo misma te llevaré –le espetó, airada–. Jenny, ¿me prestas un saco de dormir y una bolsa de agua caliente? Y dame unas cuantas galletas para que no se muera de hambre.

–Oye, que a mí no me ha ofendido –se apresuró a decir Jenny, tomando el billete y metiéndolo en el bolsillo de su chaqueta–. Es un detalle por tu parte, pero no lo acepto.

–No es ningún detalle, ha sido un grosero –insistió Meg.

–¿Un grosero? –repitió William.

–No me mires como si no entendieras lo que digo. Jenny, el saco de dormir.

–No lo dirás en serio. Bueno, si lo dices en serio puede dormir aquí.

–No es tu amigo, él mismo lo ha dicho. ¿Cómo va a dormir aquí?

–No lo decía en serio.

–Sí lo decía en serio –intervino William–. Pero me lo estoy pensando.

–Ah, pues me parece muy buena idea –Jenny miró de uno a otro–. Parece que os entendéis bien…

–¡Jenny!

–Bueno, venga, marchaos ya. Llévalo a casa y no se te ocurra dejarlo en la estación. Me imagino los titulares: William McMaster

esperando en el andén de Tandaroit con su maletita. Así que sé amable con ella, William. Y si es posible, dile con quién has estado hablando. Se muere por saberlo, aunque no sea asunto suyo.

Luego, con las manos manchadas de harina, prácticamente los empujó hacia la puerta, que cerró tras ellos. Pero luego volvió a abrir porque se le había ocurrido algo:

–Estamos en Navidad, la época de paz, amor y buenos sentimientos. Así que no lo dejes en la estación, Meg.

Volvieron a la granja en silencio. Meg estaba demasiado avergonzada como para decir nada y William sencillamente no abrió el pico.

Pero cuando detuvo la furgoneta frente a la casa y se disponía a abrir la puerta, él sujetó su brazo.

–Lo siento –se disculpó–. Es que no estoy acostumbrado a que me interroguen.

–Me parece muy bien, pero tienes que ser amable con mi familia y mis amigos.

–Seré amable con tu familia y tus amigos –le prometió él–. Háblame de Scott.

–¿Perdona?

–Llevas tres años trabajando para mí, pero no sé nada de tu vida.

–Es que no me gusta que me interroguen –repitió Meg, sarcástica.

–Me parece muy bien. Y, por supuesto, no estás obligada a responder.

–Como tú no estás obligado a decirme con quién has hablado. Además, es Jenny quien estaba interesada en saberlo, no yo.

¿Qué tal esa mentirijilla? Claro que algunas mentiras eran casi obligatorias.

Pero la pregunta de William seguía en el aire y Meg miró hacia la casa. Aparte de las luces navideñas, todo estaba oscuro. Letty y Scott debían estar dormidos y ni siquiera los perros habían despertado al oír el ruido de la furgoneta. Estarían durmiendo, pensó. Turps y Roger sobre la cama porque Scott los había entrando para que no se movieran y poder así apoyar la férula. Los otros estarían en el suelo, tan cerca como fuera posible.

Quería tanto a Scotty que le dolía, tanto que le daban ganas de llorar. Y, de repente, le resultó fácil responder a la pregunta de William. Quería hablar de ello.

–Scotty es mi hermanastro –empezó a decir, mirando hacia

delante, como si hablara consigo misma–. Mi madre era soltera. Me tuvo cuando era muy joven y me crió ella sola. Luego, cuando yo tenía nueve años, conoció al padre de Scott, Alex, un granjero un poco mayor que ella. Mi madre estaba vendiendo ropa de segunda mano en un mercado de Melbourne y Alex había ido a la ciudad para comprar una bomba de agua. No compró la bomba de agua, pero se enamoró de mi madre.

–Amor a primera vista –dijo William, irónico.

Meg lo fulminó con la mirada. Estaba en terreno peligroso y no pensaba tolerar desprecios.

Y, aparentemente, él se dio cuenta.

–Perdona –le dijo–. Lo siento, lo siento. Amor a primera vista, esas cosas pasan.

–Pues sí, pasan –asintió ella, mirándolo en silencio durante unos segundos para que recordase la estación, la bolsa de agua caliente y el tren lleno de gente con cámaras de fotos.

–Recuerdo el primer fin de semana que vinimos aquí, invitadas por Alex. Él no hablaba mucho, pero no importaba porque mi madre hablaba sin parar. Y Alex la miraba como si fuera un hada… –Meg sonrió–. Llegamos un viernes por la noche y no dejaron de mirarse hasta que nos fuimos el domingo. Y entonces conocí a Letty, la madre de Alex, y Letty era mi hada. Cuando me dijo que la llamase «abuela» fue como si hubiera encontrado mi hogar de repente. Las dos habíamos encontrado nuestro hogar. Alex nos llevó de vuelta a Melbourne y después de guardar nuestras cosas en su furgoneta volvimos aquí. Se casaron un mes más tarde y Letty me hizo un vestido precioso. Éramos muy felices los cuatro y entonces, cinco años después, nació Scotty y todo era perfecto.

–Nada es perfecto –dijo William como si no pudiera evitarlo. Y luego sacudió la cabeza, disgustado.

–¿Y tampoco existe el amor a primera vista? No me estropee los cuentos de hadas, señor McMaster. Fue amor a primera vista y fue perfecto durante dieciséis años. Sí, la granja no es muy grande y no éramos ricos, pero todo el mundo echaba una mano. Y entonces, hace cuatro años, un camión sin frenos se saltó el carril y todo terminó.

Silencio.

–Lo siento mucho –dijo William por fin.

–Sí, bueno… por eso sé que cuando encuentras un cuento de hadas lo mejor es agarrarte a él con todas tus fuerzas –Meg sacudió la cabeza, como para apartar de sí los malos recuerdos–. En fin, mis padres murieron en el accidente y Scotty, que iba en el asiento

trasero, se rompió todos los huesos. Durante meses pensamos que quedaría parapléjico, pero es tan fuerte… ha luchado más que nadie. Durante ese tiempo los vecinos llevaron la granja por nosotros. Pensábamos que tendríamos que venderla, pero con mi sueldo nos arreglamos. Aquí es donde Scotty es feliz y donde Letty es feliz.

–Y tu trabajo conmigo…

–¿Lo ves? Otra parte de mi cuento de hadas –bromeó Meg. William estaba muy serio y eso la desconcertó, pero daba igual–. Busqué trabajo en Curalo cuando terminé mis estudios, pero está a treinta kilómetros de aquí y me pasaba el día en el coche. Entonces vi tu anuncio en el periódico y desde entonces nos va muy bien. Viene una señora a ordeñar cuando yo no estoy aquí, Kerrie, y Letty sigue siendo muy activa.

–Y si yo te despidiera…

La sonrisa de Meg desapareció.

–Entonces…

–¿Entonces se terminaría el cuento de hadas otra vez?

–Bueno, no es tan horrible –Meg levantó la barbilla, orgullosa–. Nos las arreglaremos.

–No voy a despedirte –dijo William–. Pensaremos en estas Navidades como una aberración.

–Por mi parte.

–Por tu parte –asintió él–. Ha sido un tropezón en tu normalmente eficiente y ejemplar comportamiento. Pero nos olvidaremos de estos días y seguiremos adelante como de costumbre. En general, eres una empleada muy competente.

–Vaya, gracias.

–Si eso es un sarcasmo…

–No, es que estoy abrumada –dijo Meg–. En serio.

–Yo no suelo hacer cumplidos que no se merecen –replicó él.

Y Meg pensó: «¿qué hago jugándomela con un hombre que controla mi vida? Sé amable, tonta».

Pero había algo aquella noche… tal vez que Santa Claus seguía moviendo torpemente las piernas en la chimenea, que la hacía ser atrevida. No pensaba volver a ser la señorita Jardine, aún no.

–No tienes por qué olvidarte de estos días. Podrías disfrutarlos.

–No estoy en posición de disfrutarlos.

–¿Porque no tienes teléfono o Internet?

–Porque no me siento cómodo –respondió William–. Y quiero volver a Nueva York.

–Y yo quiero recuperar a mis padres –replicó Meg–. Pero eso no

impide que disfrute de lo que tengo.

–Es admirable.

–¿Verdad que sí? De hecho, si no me equivoco, mi jefe acaba de alabarme. Dice que normalmente soy una empleada muy competente –bromeó, abriendo la puerta de la furgoneta–. Tengo que levantarme temprano así que me voy a la cama, señor McMaster.

–¿Por qué tienes que levantarte temprano?

–Para ordeñar a las vacas –respondió ella–. Si no puedes dormir y no tienes nada que hacer puedes acompañarme, así harás algo de ejercicio. Pero yo que tú me pondría un vaquero y una camiseta vieja.

Después de decir eso, entró en la casa dejando que la siguiera, si quería hacerlo.

¿Y qué otra cosa podía hacer?

Ninguna en absoluto.

CAPÍTULO 4

WILLIAM despertó al escuchar el mugido de las vacas. Muchas vacas. La ventana de su habitación en el ático estaba abierta y los mugidos parecían sonar cada vez más cerca.

La vieja y cómoda cama, los muebles antiguos y aquel sonido tan insólito eran tan diferentes a su ambiente habitual que tardó unos segundos en recordar dónde estaba.

Pero entonces lo recordó: estaba atrapado allí esas Navidades, en la granja de Meg.

Meg…

A la luz del amanecer el nombre parecía extraño, casi peligroso.

Y no pensaba quedarse en la cama pensando en Meg.

La señorita Jardine.

No, Meg. El nombre le iba bien.

¿Entonces por qué la orden de Letty de llamarla por su nombre de pila lo ponía nervioso?

Pero él sabía por qué. Era por algo que aprendió de una madre celosa y vengativa que creía que empleados y amigos debían ser claramente diferenciados.

«Si no, se aprovecharán de ti».

Recordar esa frase y el tono en que la había pronunciado aún podía hacer que sintiera escalofríos.

Inquieto, se levantó para acercarse a la ventana. Estaba amaneciendo, pero el sol aún no había asomado en el horizonte y todo tenía un color verde grisáceo. Podía ver el tejado de lo que debían ser los establos y varias vacas pastando alrededor. Los perros corrían entre ellas, pero las vacas no parecían muy interesadas. En fin, al menos no estaban lamiendo a Meg.

Meg. Otra vez ese nombre.

«Se aprovecharán de ti».

Entonces tenía siete años. Sus padres estaban de viaje, como de costumbre. Aunque no importaba porque la casa era más divertida cuando ellos estaban fuera. Era verano y Ros, la cocinera, estaba enseñándole a hacer tortitas. Aprovechando que Ros estaba de espaldas, intentó darle la vuelta a una tortita antes de que estuviera lista y la mezcla caliente había resbalado por la espátula cayendo en su mano…

Hannah, su niñera, había entrado corriendo al oírlo llorar y lo abrazó mientras Ros se apresuraba a buscar una crema para las quemaduras.

–No pasa nada, cariño. Vamos a ponerte una pomada muy buena.

Sus padres habían entrado en casa en ese momento y tal vez no había reaccionado con suficiente rapidez. Estaba asustado y le dolía la mano, de modo que en lugar de abrazarlos con una alegría que había empezado a fingir, sencillamente se agarró al cuello de Hannah.

–¿Qué ocurre? –preguntó su madre–. William, deja de llorar y ven aquí ahora mismo. No abraces a las criadas.

–No son criadas, son Ros y Hannah –había protestado él.

Su madre, enfadada lo envió a su habitación sin esperar a que Ros le pusiera la pomada.

A saber dónde estarían Ros y Hannah ahora, pensó. Habían sido despedidas de manera fulminante ese mismo día. Tenía que aprender a ser independiente, había decretado su madre. Y seguía recordando su expresión furiosa…

Su siguiente niñera había sido agradable, pero él ya había aprendido la lección. Su nombre era «señorita Carmichael» y nunca se encariñó con ella.

Poco después lo enviaron a un internado. Sus padres se separaron y desde entonces pasaba las Navidades con sus abuelos. Las únicas personas que lo cuidaban allí eran criados, aunque al final su abuelo se dio cuenta de que tenía buena cabeza para los números y eso despertó su interés. Y fue así como William se convirtió en el heredero del imperio McMaster.

Su abuelo sabía que sería un buen empresario y eso era lo único que importaba. Era lógico que emocionalmente fuera un lisiado.

Debería haberlo superado con el paso de los años. Debería haber olvidado la obsesión de su familia con la jerarquía social y la fortuna, sus mezquinas discusiones y sus venganzas, su absoluta falta de sentimientos familiares. ¿Pero cómo se superaba eso? Él no entendía lo que era el amor de una familia. Lo había visto en las casas de sus amigos y socios, a veces incluso los había envidiado, pero intentar conseguirlo… no, eso no.

Había aprendido a no necesitarlo. Uno no podía necesitar algo que no entendía y lo último que deseaba era herir a otro ser humano como lo habían herido a él. ¿Cómo podía olvidar tantos años de desamor, de malicia, de frialdad? No, imposible.

Él no le mentía a nadie. Las mujeres con las que salía estaban

interesadas en su caché social y su dinero, pero no le importaba.

¿Y los niños? ¿Pip y Ned? Les tenía cariño, tanto cariño como se permitía a sí mismo. Pero lo llamaban señor McMaster y sabía que pronto desaparecería de sus vidas. Y así era como tenía que ser. Ni siquiera podía estar con ellos en Navidades. Una promesa rota, como tantas otras.

Meg se sentía feliz. Estaba en su casa, pensó mientras se acercaba a la siguiente vaca, una frisona con el número 87 que se movía con resignada ecuanimidad.

–Se llama Topsy –dijo Kerrie–. Su producción de leche ha subido doce por ciento este año.

–¿No había decidido Letty dejar de ponerles nombre?

–Eso fue cuando tuvo que vender la mitad porque se le rompía el corazón. Pero como ahora tenéis ingresos estables, ha decidido que podemos volver a ponerles nombre. Empezó con Millicent y ahora está poniéndoles nombres a todas.

–Mis ingresos no son tan estables como tú pareces creer –dijo Meg.

Kerrie miró hacia el cuarto de las tinajas, a un lado de la vaquería, donde sus tres hijas estaban jugando en un parque improvisado.

–Hay que ir día a día, ya lo sabemos.

Tal vez todo el mundo lo sabía, pensó Meg, mientras lavaba ubres antes de ponerles el aparato de ordeño. El año anterior, el marido de Kerrie se había ido de casa con una chica a la que doblaba la edad, dejándola con tres niñas de menos de cuatro años. Ordeñar allí era su única fuente de ingresos.

El salario de Kerrie dependía del sueldo de Meg.

William había dicho que no iba a despedirla y tenía que creerlo. Pero faltaban tres días.

«Pensaremos en estas Navidades como una aberración».

Navidades. Una aberración.

No era eso lo que había querido decir, pero así había sonado.

¿Qué pensaría hacer durante los próximos tres días?, se preguntó.

–¿Puedo ayudar?

Meg dio un respingo y las vacas hicieron lo propio al ver a aquel extraño.

–¡Estás asustando a las vacas!

William llevaba un chándal de deporte blanco y negro, de diseño, y unas zapatillas de deporte blancas. Muy limpias.

A las vacas no les hacía ninguna gracia.

Él entró en el cuarto de las tinajas, donde estaba el parque de las niñas, pero la mayor lanzó un grito que lo hizo salir de allí a toda prisa.

Meg tuvo que disimular una risita. Su jefe, el rey del universo.

O no.

–Vuelve a la cama. Es muy temprano.

–No me gusta que mi ayudante trabaje más que yo. ¿Puedo hacer algo?

Vaya, qué sorpresa.

–¿Qué tal se te da limpiar ubres? –le preguntó Meg.

–De maravilla. Aprendí a hacerlo en el colegio –bromeó William. Y Meg soltó una carcajada. Había despertado de buen humor. Estupendo, entonces todo saldría bien.

–A las vacas no les gusta ese chándal.

–¿Crees que debería subir a ponerme un traje de chaqueta?

–No, no –Meg rió de nuevo y mientras lo hacía vio que William ponía cara de sorpresa. Tal vez no reía lo suficiente cuando estaba en la oficina.

Tal vez no reía en absoluto.

–Los hermanos de Kerrie nos ayudan cuando las niñas están malas y Ron debe ser de tu tamaño. Puedes ponerte su mono de trabajo y sus botas.

–¿Botas?

–Botas de goma –intervino Kerrie, que no había apartado los ojos de él desde que entró.

–Kerrie, te presento a William, mi jefe.

–¿Tu jefe?

–Sí, pero ahora mismo no lo es. Y acaba de ofrecerse a echar una mano. ¿Quieres ponerte el mono de Ron? Las vacas se calmarán cuando vean una imagen familiar –dijo Meg, señalando el cuarto de las tinajas.

–Pero ahí hay niños –protestó William. Y las dos mujeres soltaron una carcajada–. Si estás intentando ponérmelo difícil, lo has conseguido.

Para sorpresa de Meg, estaba sonriendo.

–Kerrie, encárgate de alejar a las niñas del señor McMaster… por si acaso le muerden. Luego le presentaremos a las cien vacas. De la uno a la cien.

–Ahora tienen nombre. Pero no te preocupes, yo se los enseñaré.

–Y a mí también –dijo Meg–. Parece que los dos tenemos que acostumbrarnos a nuevos nombres.

Meg lo dejó limpiando la vaquería con una manguera mientras entraba en el cuarto de las tinajas. Y limpiar la vaquería, descubrió William, era una tarea divertida porque la manguera era muy potente. Era un trabajo masculino, pensó, decidido a pasarlo bien.

–Nos vemos esta noche –se despidió Kerrie después de meter a las niñas en el coche. Y William pensó que parecía cansada.

–¿Vas a venir a ordeñar las vacas esta noche?

La mujer asintió con la cabeza.

–Letty y yo ordeñamos dos veces al día. Pero cuando Meg está aquí Letty descansa un poco, que le hace falta.

–¿Y cuándo duermes?

–¿Con tres niñas pequeñas? Nunca.

–Pero tu marido…

–Se marchó –lo interrumpió Kerrie–. Ordeñar estas vacas es lo único que evita que estemos en la calle.

William miró a Meg y supo que era cierto.

–Entonces, vas a ordeñar mañana y noche durante todas las Navidades.

–Y me gusta, no creas.

–Pero si digo que yo lo haré por ti…

Las mujeres se miraron y Meg se puso muy seria. No había esperado eso.

–Si a Meg le parece bien, claro –se apresuró a aclarar William.

Ella sonrió. Y le gustaba cuando sonreía. ¿Por qué nunca se había fijado en su sonrisa?

–A mí me parece bien, pero…

–No puedo permitírmelo –la interrumpió Kerrie–. Gracias por la oferta, pero necesito el dinero.

–William se ofrece a hacerlo gratis, tú recibirás el dinero que te corresponde –dijo Meg–. Es un bonito detalle.

Kerrie lo miró, sorprendida.

–Si estás seguro…

–Pues claro que está seguro –se apresuró a decir Meg, sin dejar de sonreír–. En Navidades las mujeres tenemos tanto que hacer. ¿Y qué hacen los hombres? Comprar un frasco de perfume en el último minuto, y eso si tenemos suerte. Incluso Scotty. Ha dejado las compras para el último minuto y tengo que llevarlo a Curalo esta mañana. Me quedaré en la puerta de la tienda mientras él compra el perfume que he pedido y luego lo traeré de vuelta a casa. Ya está, deber cumplido. Pero aquí hay una oferta útil de verdad…

–No sé…

–Acéptala antes de que me eche atrás –dijo William–. O antes de

que riegue a Meg con la manguera. Feliz Navidad, Kerrie.

Había una pila de estiércol de vaca en una esquina y aplicó la manguera, haciéndola volar hacia el desagüe. Muy satisfactorio. ¿Cuándo fue la última vez que hizo algo con las manos?, se preguntó, sujetando la manguera.

Kerrie abrazó a Meg y luego miró a William con cierta cautela. Pero, por fin, la emoción superó al sentido común y lo abrazó también antes de salir de la vaquería.

El camión que recogía las tinajas de leche llegó cuando estaban terminando de limpiar. El conductor bajó de la cabina y la saludó con expresión alegre.

–Hola, Meggie.

–¿Meggie? –repitió William en voz baja.

–Ni lo intentes, Willie –replicó ella antes de acercarse al conductor del camión.

William los escuchó mientras hablaban de modernos aparatos de ordeño y niveles de bacteria. Meg era la persona que él conocía: competente, espabilada, dirigiendo su mundo. Pero era un mundo bien diferente al de Melbourne.

Siguieron charlando mientras él regaba la entrada de la vaquería, dejándola reluciente, pero cuando el conductor empezó a cargar las tinajas Meg cerró el grifo de la manguera. Y William se sintió desolado.

–Ahora que empezaba a pillarle el truco…

–Podrás hacerlo esta noche otra vez –dijo ella, inclinándose para enroscar la manguera en la rueda.

Y al hacerlo, William vio el ángel…

El ángel de Navidad colgaba de su cuello, entre sus pechos. Llevaba un mono sucio, unas botas de goma, el pelo sujeto en una coleta y tenía una mancha en la cara.

Los primeros botones del mono estaban desabrochados, el ángel entre sus pechos…

Qué afortunado.

¿Por qué había tardado tanto tiempo en darse cuenta de lo guapa que era?

–¿Me estás oyendo, William?

Él parpadeó, girando la rueda con tal rapidez que la manguera se escurrió y tuvo que empezar otra vez.

Tal vez no era buena idea estar allí. Tal vez debería marcharse.

Entonces se le ocurrió algo.

–¿Necesitas perfume?

–No –respondió ella, sorprendida.

–Pero Scott quiere comprarte perfume.

–Quiere ir de compras y prometí llevarlo a Curalo, a treinta kilómetros de aquí.

–Pero tú tienes cosas que hacer en la granja, ¿no?

–Sí –respondió ella, recelosa.

–¿Puedo llevarlo yo?

–Tú –repitió Meg. Y William pensó que debería sentirse ofendido por lo que pensaba de él, y del resto de los hombres, pero entonces volvió a ver el ángel y pensó que no.

–¿Le importaría a Scott que lo llevara? Podría buscar un cibercafé y así mataríamos dos pájaros de un tiro.

–Eso estaría muy bien –dijo Meg por fin–. Craig dice que tenemos que firmar el contrato de entrega de la leche antes de Navidad. Puede llevarme él y me traerá cuando termine su ronda, pero prometí ayudar a Letty con el pudín y tengo que ver cómo está Millicent… la verdad es que no tengo tiempo.

–¿Entonces te parece bien?

–Sí, me parece bien –dijo Meg, con los ojos brillantes. Tal vez estaba manipulándolo y ésa era una experiencia tan extraña…

La gente no lo manipulaba, pero Meg era una mujer particularmente inteligente.

–¿Podrás conducir la furgoneta de Letty? Sé que sabes conducir por nuestro lado de la carretera, pero…

–No te preocupes, puedo conducir una furgoneta –dijo él–. Oye, sobre la pierna de Scott…

Meg miró a Craig, pero él estaba acariciando a Killer y no parecía tener mucha prisa.

–Lo ha pasado muy mal –empezó a decir–. Su pierna quedó destrozada en el accidente, tanto que tuvieron que ponerle un hierro en lugar del hueso. Curó más o menos bien, pero entonces los clavos se infectaron… –Meg tragó saliva–. Estuvo a punto de morir otra vez. La pierna aún no ha curado del todo, pero lo hará algún día y se maneja bien con las muletas. Si no te importa… bueno, hacer un poco lo que él quiera. Y si se te ocurre algo que pueda gustarle, te lo agradecería también. Le he comprado tantos juegos de ordenador que debe tenerlos todos, pero no sé en qué más está interesado un adolescente. Hay muchas cosas que no puede hacer, pero tú eres un hombre… y creo que le vendría bien estar contigo un rato.

Su franqueza estaba funcionando como nunca funcionaría que lo manipulase. Pero podía hacerlo, pensó William.

–Entonces, quieres que me lleve a tu hermano para que pase un

rato con otro hombre. Muy bien, puedo hacer eso.

–No eres mi jefe, eres mi héroe –dijo Meg.

Y luego, sin que él pudiera evitarlo, se puso de puntillas para darle un beso en la cara. Fue un beso brevísimo, un beso lleno de risas y repentina amistad. ¿Por qué tenía la capacidad de hacerlo sentir…?

¿Cómo lo hacía sentir?

No lo sabía y era demasiado tarde para descubrirlo porque Craig estaba llamando a Meg.

–¿Vienes o no?

–¡Ya voy! –gritó ella–. Voy a quitarme el mono y a hablar con Scott. Pero es una buena idea; yo iré con Craig a la fábrica, mi hermano estará contento y tendré un súper héroe en casa. ¿Qué más puede querer una chica?

Meg tardó una hora en ir a la fábrica y volver. Y para entonces William y Scott llevaban una hora fuera de la granja.

Le preocupaba un poco su hermano. Y también le preocupaba haber besado a su jefe. Había sido un gesto impulsivo, lo que haría por alguien que le hubiera hecho un gran favor, pero no sabía por qué… le había parecido otra cosa.

No podía pensar en besar a su jefe, eso la hacía sentir rara. De modo que volvió a preocuparse por Scott.

–¿Temes que se lo haya llevado a Nueva York? –le preguntó Letty cuando miró por la ventana de la cocina por enésima vez.

–No puede llevárselo a Nueva York, no hay aviones.

–¿Llevas tres años trabajando para ese hombre y no confías en él?

–Pues claro que sí.

–¿Entonces qué te preocupa? Dos horas no es mucho tiempo para hacer las compras de Navidad… espera un momento, estamos hablando de dos hombres. Cinco minutos aquí, quince minutos allá… sí, ya deberían estar de vuelta –Letty sonrió–. Pero a lo mejor están en una de esas galerías de juegos recreativos.

–¿Quieres que mezcle los ingredientes del pudín?

–¿Te he dado el cuenco hace cinco minutos para que lo mirases? –replicó su abuela–. Por cierto, no parece que a tu jefe le importe ensuciarse las manos.

–Lo dices como si fuera un cumplido, pero la verdad es que William es adicto al trabajo.

–Y muy guapo –Letty miró a Meg de soslayo.

–Es mi jefe, no me he fijado en eso.

–Sí, claro –murmuró su abuela, irónica.

¿No se había fijado?

Bueno, sí, se había fijado. ¿Qué mujer no se fijaría en W.S. McMaster?

¿Pero de qué serviría fijarse? Durante esos tres años, su relación había sido absolutamente profesional. Su jefe trabajaba tanto que no podía ser de otra manera. Nunca se había fijado en ella, sólo era una de sus ayudantes.

Pero a veces… a veces, cuando viajaban juntos, cuando trabajaban hasta muy tarde y estaban muy cansados, tenía la impresión de que hacía un esfuerzo por no fijarse en ella, como si fuera una barrera que no pudiese cruzar.

Y, por supuesto, la había. Era su jefe.

Y multimillonario, además.

Y lo había besado.

No había sido más que un gesto afectuoso, se decía a sí misma. Sin la menor importancia.

Pero no era cierto del todo. Meg Jardine había besado a W.S. McMaster. La línea entre jefe y secretaria se había vuelto borrosa.

¿Y dónde los llevaba eso?

–¿Quieres que machaque unas nueces para el pudín, Letty?

Su abuela soltó una risita.

–Me parece muy bien, una mujer tiene que desahogarse con algo.

CAPÍTULO 5

A LA hora de comer no habían vuelto y una hora más tarde, Meg empezaba a preocuparse de verdad.

–Voy a casa de Jenny con el tractor para llamarlos desde allí. Ya tendrían que estar aquí.

–Seguro que han ido a ver un partido de fútbol o al cine o alguna cosa de chicos –dijo Letty–. No les dijiste que volvieran a una hora determinada, ¿verdad?

–Pero…

–Además, mejor, ya está bien de tener a Scotty entre algodones –Letty estropeó su bravo discurso mirando el reloj–. Espero que Will lo haya invitado a comer. Y no se ha llevado los analgésicos. Si le duele la pierna…

–¿Lo ves? –murmuró Meg y las dos sonrieron.

–Bueno, vamos a hacer galletas –anunció Letty.

Hicieron una bandeja. Y luego otra y estaban a punto de hacer una tercera cuando por fin la furgoneta apareció por el camino.

–No le digas que estábamos preocupadas –le advirtió Letty. Y ella estaba de acuerdo. No, no habían estado preocupadas en absoluto.

¿Pero qué llevaban en la parte de atrás?

Un tráiler. Un tráiler enorme. Y en el tráiler…

–Han traído un coche –murmuró, atónita–. No, dos coches.

–Y nosotras esperando un frasco de colonia. Eso no va a caber en la media de Santa Claus –dijo Letty, burlona.

–¡Venid a ver esto! –gritó Scott.

William saltó de la furgoneta y se cruzó de brazos, como un genio que hubiera hecho un milagro y esperase admiración. Llevaba un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta y tenía un aspecto… fabuloso.

Debía haberlos comprado en Curalo, pensó. Y luego pensó: «y yo lo he besado». Pero la alegría de Scott hizo que volviera a concentrarse en el tráiler.

Encima había un Mini Minor, un coche que había sido lo más en los años setenta. Aunque no tanto como el Volkswagen Combi.

Ella ni siquiera había nacido en los años setenta, pero aquel Mini sí. Estaba hecho polvo. No tenía ruedas, ni cristales en las

ventanillas y le faltaba el capó. Algo que parecía hierba salía de donde debería estar el motor.

Y detrás había otro Mini en peor estado aún. Aquél parecía haber sido aplastado y tenía una pila de repuestos encima, de modo que el tráiler parecía una chatarrería.

–Es el regalo de William para todos –anunció Scott–. Vimos un cartel a las afueras de la ciudad… –a pesar de las muletas, su hermano estaba prácticamente saltando de alegría–. Un hombre que restaura Minis los vendía con los repuestos y con los dos, haremos uno. Si empezamos ahora mismo, cuando consiga mi permiso de conducir ya estará terminado. Y puedo practicar en el prado. Además, me ha dicho que puedo llamarlo cuando quiera y que si tengo algún problema él mismo vendrá a echarme una mano.

–Lo ha dicho, es verdad –asintió William–. Y esto no representará un trabajo para ninguna de las dos, lo prometo –añadió, con una sonrisa que iluminó toda su cara. Y Meg pensó entonces que tendría que hacer algo para controlar sus enloquecidas hormonas–. Así tendréis dos coches en la granja. Por cierto, también hemos ido a un taller en Curalo a comprar repuestos para la furgoneta, Letty. Hay que cambiar el carburador y el tubo de escape. Si no te importa, puedo empezar esta misma tarde.

–Pero… –empezó a decir Meg, perpleja.

–Yo sé arreglar coches y Scott quiere aprender.

–Cásate conmigo –dijo Letty entonces.

Scott y William soltaron una carcajada pero, por alguna razón, Meg no podía reír. Ver a su jefe en vaqueros la tenía desconcertada y su hermano parecía tan feliz… ¿por qué no se le había ocurrido a ella antes?

Scott estaba prácticamente atrapado en la granja. Su pierna lo mantenía aislado y había días en los que estaba horas delante del ordenador, completamente solo.

Ahora tenía un coche que arreglar. Y era un Mini original…

Mickey iría a echar una mano, pensó. El proyecto sería como un imán. Los amigos de Scott volverían a la granja como antes del accidente.

Meg tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

–¿Qué ocurre? –preguntó William, desconcertado.

Ella intentó encontrar algo que decir. Algo para no volver a besarlo, que parecía lo más lógico en aquella situación. Pero el poco sentido común que le quedaba impidió que lo hiciera.

–Te dejaré conducirlo –dijo Scott, magnánimo–. Alguna vez, pero no todos los días.

–Menuda oferta –Meg miró a William a través de las lágrimas–. Gracias, Santa Claus.

–De nada –dijo él con una voz que no reconoció.

Pero no podía ser. ¿O sí?

Su jefe, el hombre más serio y reservado del mundo, también se había emocionado un poquito.

Habían llegado chicos de todas partes. Aparentemente, William había pasado por la casa de Mickey con su carga, sólo «para que la viera» y el chico había hecho correr la voz. Y antes de que se dieran cuenta, un montón de adolescentes estaba ayudando a llevar los coches al cobertizo que había detrás de la vaquería.

–Lo siento, ya sé que prometí ayudar a ordeñar –se disculpó William–, pero Letty me dijo que ella podía hacerlo y que alguien tenía que supervisar la operación…

Menuda supervisión. Lo único que Meg podía ver de William eran sus piernas debajo de la furgoneta. Se había puesto el mono y las botas de goma otra vez.

Al otro lado del cobertizo, los amigos de Scott estaban desmantelando los dos coches con la emoción de físicos nucleares. Scott tenía otra vez a sus amigos en casa y el hombre que los había llevado allí estaba disculpándose.

Meg miró las piernas de William y pensó que entendía la proposición de matrimonio de Letty.

Nunca se había fijado en lo atractivas que podían ser las piernas de un hombre.

–¿Dónde aprendiste a arreglar coches?

–Ya te lo conté, arreglando el carrito de golf de mi padre –respondió él, desde el suelo.

–¿Sólo con el carrito de golf?

–Mis padres viajaban mucho y poseían suficientes coches como para tener un mecánico en nómina. Él me enseñó.

–Ah, ya veo.

Meg pensó en las cosas que había leído sobre él en las revistas, en lo distantes que eran sus padres y en cómo debía haber sido su infancia.

–¿El mecánico tenía un nombre?

–Señor Himmel.

–Señor Himmel –Meg hizo una mueca–. ¿Y él te llamaba señor McMaster?

–Por supuesto.

Meg miró sus piernas un rato y luego miró a los chicos, que

estaban totalmente concentrados en los dos coches.

Hombres haciendo cosas con las manos.

Atónita, volvió a la vaquería para ayudar a su abuela. Pero mientras limpiaban en silencio, notaba la mirada de Letty clavada en su espalda.

–¿Qué? –le preguntó por fin.

–Es encantador.

–No es encantador.

–Tú sabes lo que quiero decir.

–Sí, bueno, es verdad –admitió Meg–. Pero tú sabes quién es, así que ya puedes dejar de mirarme como si tuviera que hacer algo al respecto. Es William McMaster, uno de los hombres más ricos del mundo. Es mi jefe y a mí me encanta mi trabajo. Si crees que voy a estropearlo pensando que es encantador…

–Enamorarse del jefe…

–Sería un desastre.

–No sé cómo no te has enamorado antes.

–Porque nunca lo había visto con un mono grasiento.

–Sí, a los hombres les queda muy bien un mono grasiento –asintió Letty–. Pero cuando tú tienes que limpiar la grasa de ese mono la novedad desaparece –suspiró luego–. Claro que los tiempos cambian. William puede limpiar la grasa él mismo.

–¿Estás sugiriendo que William McMaster se haga la colada? –Meg soltó una carcajada. Porque la idea merecía una carcajada.

Como pensar en las piernas de William McMaster bajo el coche. Como pensar que su jefe era sexy.

Buenas piernas o no, seguía siendo su jefe. Y ella era su empleada. Eso era lo que debía recordarle a sus rebeldes hormonas.

Los chicos no parecían tener prisa por volver a sus casas pero, afortunadamente, se marcharon cuando empezó a anochecer. Y Meg sabía que volverían a primera hora de la mañana.

Aquello no tenía precio.

Scott estaba prácticamente dormido de pie, pero tan emocionado como el día de Navidad. Y se metió en la cama más feliz que nunca en esos últimos cuatro años.

Letty fue con William al cobertizo para ver cómo estaba quedando el Mini y Meg decidió visitar a Millicent que, por el momento, estaba rumiando distraídamente.

Suspirando, se sentó sobre la cerca para admirar el anochecer.

Desde el accidente, los amigos de Scotty habían empezado a alejarse. Eran buenos chicos y lo incluían siempre que podían, pero

poco a poco habían ido desapareciendo porque Scott no podía jugar al fútbol, no podía montar en bicicleta…

Aquel día habían vuelto y allí había un proyecto que los haría felices durante meses. Un proyecto con un objetivo: hacer un coche. Un Mini. Y volverían todos los días, estaba segura.

Y se lo debía a William. William, el de las piernas atractivas. William, que era sexy por todas partes.

Y, de repente, de manera inexplicable, sus ojos se llenaron de lágrimas. Cuando sorbió por la nariz, Millicent puso el húmedo hocico bajo su brazo en un gesto de simpatía.

–Ah, claro, tú también conoces a los hombres. Hay que ser tonta…

–¿Quién es tonta?

No lo había oído llegar. Se movía como una pantera, pensó, sorprendida. Era alto, atlético y silencioso como la noche. William se apoyó en la cerca y ella se apartó un poco para que pudiera sentarse a su lado.

–¿Quién es tonta? –repitió.

–Te presento a Millicent. Rubia y tonta adolescente.

–No me parece bien que hables así de una pobre vaca.

–Es una insensata –dijo Meg, intentando contener los nervios. Había mucho sitio, ¿por qué tenía que estar tan cerca?

–¿En serio?

–En serio.

–¿Cómo sabes que es una insensata?

–Se escapó del corral. Se escapó para ir al corral de nuestro vecino, el de los toros. Ahora está preñada y es demasiado joven para parir, pero va a tener que hacerlo por insensata. Letty está muy preocupada.

–¿Por qué? En los animales es algo natural, ¿no?

–No sabemos quién es el padre.

–No sabéis quién es el padre.

–No, podría ser uno de tres.

–¿Estás diciendo que Millicent es… una fresca? –exclamó William.

Meg soltó una carcajada que la hizo perder el equilibrio y él tuvo que sujetarla por la cintura. Esperó que la soltara… pero no lo hizo.

–Bueno cuéntame.

Y Meg pensó: «¿tú sabes lo que me hace esa mano en la cintura?». Evidentemente no o la soltaría de inmediato.

Tal vez debería decírselo.

O no.

Debería decir algo, eso sí.

–Creo que sería mejor que me soltase… señor McMaster –consiguió decir al fin. Y él se apartó un poco sin decir nada, como si no tuviera importancia. Como si agarrarla no le hubiese provocado reacción alguna. Nada que ver con el escalofrío que ella había sentido.

–¿Estamos esperando que nazca el ternero para hacer la prueba de ADN y presentar una demanda de paternidad? –le preguntó.

–Tal vez no. Uno de los toros… es un Murray Grey.

–¿Y eso es malo?

–Si tú eres una frisona cruzada con una Jersey, es muy malo. ¿Has visto alguna vez un Murray Grey?

–No, la verdad es que no.

–Son el doble del tamaño de Millicent, que aún no está desarrollada del todo. La pobre debió perderse buscando toros porque es ese tipo de chica –Meg suspiró–. Alguien debió llevarla al primer corral que encontró para alejarla de la carretera y eligió precisamente el corral de Rod Palmer. Con sus toros. Millicent estaba encantada cuando por fin la localizamos.

–¿Y ahora qué?

–Ahora tiene que parir de un momento a otro. Espero que no lo haga en Navidad porque no habrá ningún veterinario disponible… –entonces se le ocurrió algo y miró a William con un brillo de esperanza en los ojos–. Además de coches, tú no tendrías una mascota con la que practicar cuando eras pequeño ¿verdad? Tal vez una vaca o dos.

–Ni siquiera un pez. Mi familia no tiene mascotas.

–Pero a ti te gustan.

–No, bueno, que acaricie a Killer de vez en cuando…

–Te he visto acariciando a todos los perros. Deberías tener uno.

–¿Y dejarlo solo en mi apartamento de Manhattan durante meses?

–Pero tienes gente, ¿no? ¿El señor Himmel sigue por ahí?

–No, murió hace tiempo.

Lo había dicho con gesto de tristeza y Meg pensó: «no sigas por ahí. Habla de otra cosa».

¿Pero de qué podía hablar?

–¿Vas a ir a casa de Jenny a hacer llamadas?

–No, ya he hablado con Elinor desde Curalo.

Elinor. Ese nombre quedó colgado entre ellos.

Pero si fuera Letty le preguntaría. Meg empezó a mover las

piernas sobre la cerca, intentando parecer despreocupada.

–¿Las revistas no saben nada de Elinor?

–¡Espero que no!

La respuesta de William fue tan vehemente que la hizo parpadear.

–¿Entonces es algo serio?

Él pareció desconcertado por un momento, pero luego se encogió de hombros.

–Podríamos decir que sí.

–Siento mucho que te hayas perdido las Navidades con ella.

–Yo también lo siento –William saltó de la cerca y Meg se dio cuenta de que ese tema lo ponía nervioso–. Necesito poner el nuevo carburador. Sin él, dependeríamos del tractor para una emergencia y no pienso irme a la cama hasta que lo haya instalado.

–Pero es muy tarde…

–No importa. Veinte minutos máximo, no soy un mártir –William miró su mono de trabajo–. No había estado tan sucio desde que tenía la edad de Scott. Y es genial.

–Tú eres genial –dijo Meg cuando la tomó por la cintura para ayudarla a bajar de la cerca. Debería soltarla, pero no lo hizo.

–Tú también.

–Si la gente de la oficina pudiera vernos ahora les daría un ataque.

–O un paparazzi.

Los paparazzi. Meg podía imaginar los titulares: *McMaster atrapado con secretaria en escondite rural*.

¿Qué diría la desconocida Elinor si viera ese titular?

–¿Elinor sabe que estás atrapado aquí conmigo? –le preguntó. Debería apartarse, pero no lo hizo.

–Sí –respondió William.

–¿Y no le importa?

–Se ha disgustado por mí. Ella sabe que me gustaría estar en casa.

Por alguna razón eso le dolió, pero dijo:

–Es muy generoso por parte de Elinor.

–Es una mujer generosa.

–Ah, claro. En fin, me voy a la cama. Tengo que levantarme a las cinco para ordeñar a las vacas.

–¿No te gusta levantarte a las cinco?

Estaba tan cerca… le costaba trabajo encontrar su voz, pero tenía que hacerlo.

–No me vuelve loca, pero mientras estoy aquí es lo normal. Es lo

normal para todos los granjeros.

–¿Qué te gustaría hacer a las cinco de la mañana?

–¡Dormir!

William sonrió.

–¿Entonces por qué sigues aquí? ¿Estás dejando tu vida en suspenso por Scott?

–No creo que haya dejado nada en suspenso.

–¿Y tu vida social? Cuando trabajas conmigo estás comprometida veinticuatro horas al día. Y luego vienes aquí y es lo mismo. Ordeñas a las cinco de la mañana y luego por la noche otra vez… ¿de dónde sacas tiempo para vivir?

Parecía preocupado y eso la desconcertó. Nunca parecía preocupado por ella. Su relación era puramente profesional.

Y tenía que seguir siendo así.

–Organizo unos almuerzos de escándalo en Melbourne.

–Ah, claro –William la miraba de una forma que la turbaba, como si estuviese intentando entenderla.

–¿No tienes novio?

Uf, hasta ahí llegaban las preguntas personales. Él ponía sus límites, ella también.

–Ése no es su territorio, señor McMaster –Meg se echó hacia atrás y William la soltó.

–¿Te gusta trabajar para mí?

–Sí, me encanta.

–¿Por qué?

Meg vaciló. Pero estaba mirándola a los ojos y supo que la respuesta era importante para él.

–Es un trabajo interesante. Nunca sé lo que me espera y me encanta que tú siempre des por sentado que voy a solucionarlo todo… salvo este asunto de volver a casa por Navidad.

William se quedó callado un momento. El sol se había ocultado tras el horizonte y la luz estaba desapareciendo a toda velocidad. La noche era cálida, serena. Millicent estaba a su lado, con la felicidad de una futura mamá que lo tenía todo en la vida.

Pero no tenía a su toro, pensó. Y luego se preguntó qué demonios estaba pensando. ¿Su toro?

–Me voy a la cama.

–Eso suena bien –dijo William.

Estaba riéndose. No por fuera pero en sus ojos había un brillo de diversión.

–¿Tenemos una cita con cien vacas a las cinco de la mañana?

–No me puedo creer que te estés ofreciendo a ordeñar.

–Será un placer.

Meg respiró profundamente.

–El coche que has comprado para Scott… me gustaría pagártelo.

–Déjate de tonterías, Jardine.

–No, lo digo en serio. Es una cuestión de dignidad.

–Estamos en Navidad, el coche es mi regalo.

–Bueno, veo que no estás dispuesto a dejarme pagar. En cualquier caso, te estoy muy agradecida. Buenas noches.

–Que duermas bien –William alargó una mano para rozar su cara. Fue un roce ligero, pero Meg sintió como si la hubiera besado en los labios.

–Que duermas bien tú también –consiguió decir.

–Veremos lo que se puede hacer.

Meg se dio la vuelta y lo dejó en la oscuridad, al lado de una vaca preñada. Y sabía que había estado mirándola hasta que entró en casa.

Debería moverse. Tenía que colocar el carburador y levantarse a la misma hora que ella. Pero en lugar de hacerlo se quedó mirando a Meg y cuando desapareció miro las piernas de Santa Claus, que ahora estaban moviéndose a una velocidad alarmante.

Ése sería su trabajo para el día siguiente, decidió. Lo haría después de ordeñar. Y luego pondría un tubo de escape nuevo en la furgoneta. Y después ayudaría a Scott con el Mini. Francamente, estaba deseando hacer todas esas tareas.

Y él pensando que se sentiría atrapado en la granja…

Era una sensación extraña. El negocio familiar de los McMaster, un vasto conglomerado que había sido fundado por su abuelo, era lo único que conocía. Y le gustaba. Disfrutaba de la emoción del mundo de las altas finanzas y, en cierto modo, eso compensaba la falta de afecto familiar. Eso era lo que todo el mundo esperaba, lo que él esperaba de sí mismo.

Pero había olvidado cuánto le gustaba montar y desmontar coches. Y lo estaba pasando en grande con Scott.

Sin embargo, le gustaría estar en Manhattan. Cuando por fin llegase al apartamento de Elinor, su recibimiento sería tan alegre como el de Meg. O tal vez no tanto, tuvo que reconocer. Ned tenía seis años y su hermana pequeña, Pip, cuatro. Los niños podían dar saltos al verlo, pero eso no era como tener cinco perros, una abuela y un hermano. Y Elinor… su sonrisa sería tan cálida como podía serlo una sonrisa, pero era una madre de acogida de sesenta y dos años y le sonreía así a todo el mundo.

Como Letty.

Como Meg también.

«No, no pienses en Meg», se dijo a sí mismo. «Te está volviendo loco». Meg era su ayudante, su secretaria. Se marcharía de allí en dos días y no quería enturbiar esa relación profesional.

El problema era que ya no podía verla sólo como una secretaria.

La llamaba Meg.

«No pienses en ella», se repitió a sí mismo mientras iba hacia el cobertizo. «Piensa en la gente por la que sientes cariño».

Como Elinor. Elinor no esperaba nada, que era lo que a él le gustaba.

Se la habían presentado dos años antes, en la inauguración de un programa de Amigos de Acogida en Nueva York. El programa había sido creado para apoyar a aquéllos que entregaban sus vidas a esos niños sin padres. Le habían pedido que lo patrocinase y cuando conoció a Elinor se había quedado sorprendido por su bondad. Elinor era todo lo que él no era: cariñosa, comprometida y apasionada por Pip y Ned, los dos niños a su cuidado.

Él había sugerido ayudar un poco. Un compromiso a tiempo parcial que podría dejar cuando hiciera falta.

–No suelo estar disponible –le había dicho. Y Elinor había sonreído como si le prometiera el mundo.

–Cualquier cosa es mejor que lo que han tenido estos dos pobrecitos hasta ahora. Me rompe el corazón que su madre no quiera darlos en adopción y necesitan un padre. Venga cuando pueda y déjeme el resto a mí.

Pensar que los había decepcionado en Navidad ni más ni menos hacía que se sintiera enfermo, pero la sabiduría de Elinor lo había tranquilizado un poco.

–Tengo un pavo, caramelos y linternas de papel. Hasta un árbol de Navidad. Hoy vamos de escaparates y luego los niños quieren ver a Santa Claus. Vuelva a casa cuando pueda, estaremos encantados de verlo. Pero no se preocupe por nosotros, señor McMaster. Estamos perfectamente.

Esa clase de relación le iba bien. Elinor le había entregado el corazón a esos niños…

Como Meg le había entregado su corazón a Scott y a una mujer que ni siquiera era su abuela.

Meg era una persona generosa. Su seria y eficiente ayudante era como Elinor y, por alguna razón, tenía la capacidad de asustarlo.

¿Por qué?

William miró el cielo cubierto de estrellas, más brillantes de las

que había visto nunca.

–Hay demasiadas estrellas –murmuró–. Eso desconcertaría a cualquier hombre. El mundo está al revés.

Todo estaría del revés hasta que pudiera marcharse de allí. Y sería pronto. Debía ser pronto porque empezaba a tener serios problemas para recordar dónde tenía la cabeza.

Meg daba vueltas y vueltas en la cama. Su jefe llevaba vaqueros, estaba guapísimo con el mono manchado de grasa y le sonreía…

«No te enamores de tu jefe».

¿Cómo no iba a hacerlo?

Le pasaría a cualquier mujer.

Pero cualquier mujer no haría el ridículo. Cualquier mujer recordaría que él vivía en un mundo muy diferente al suyo, que estaba en Australia tres meses al año y el resto…

¿Con una mujer llamada Elinor en Manhattan?

Cuánto le gustaría tener conexión con Internet para echar un vistazo. W.S. McMaster y una mujer llamada Elinor.

Estaba fatal, se dijo a sí misma, mirando el techo. Y cuando la puerta de su habitación empezó a abrirse, dejó de respirar. ¿Sería…?

Killer, que había decidido que su deber era estar con ella, como siempre. Después de poner el hocico en su mano, el pobre perro se subió laboriosamente a la cama.

–Tu ama tiene problemas –Meg suspiró–. Tú eres el único hombre en mi vida y si tuviera que admitir a otro… no, no hay sitio, olvídalo. Tenemos que dormir. Mañana hay que ordeñar y, además, es Nochebuena. Apártate y déjame dormir, Killer.

Meg pensaba que Elinor era su novia.

William miraba el techo de su habitación mientras recordaba todo lo que había hecho aquel día y ése era el hecho que se le había quedado grabado en la memoria.

No le había mentido, pero sí la había dejado pensar…

–Una defensa –murmuró.

«Qué engreído», pensó luego. Como si Meg fuera a lanzarse sobre él. No, no le preocupaba que Meg se saltase la línea divisoria.

La línea.

Meg.

«¿Lo ves? Ahí está el problema», se dijo a sí mismo. Que la llamaba Meg. Pensaba en ella como Meg. Era su empleada, su

eficiente y fabulosa ayudante. Lo único que tenía que hacer era pensar en ella como la señorita Jardine y todo estaría solucionado.

Pero el calor de su piel…

Ése era otro problema. Podía darle a su cabeza las órdenes que quisiera, pero su cuerpo era otro asunto. Olía a algo que no podía identificar. No era perfume, era algo que olía a limón, a limpio.

Se pasaba el día rodeada de vacas. ¿Cómo podía oler tan bien?

Pero así era y aquello no lo estaba llevando a ningún sitio. Necesitaba dormir porque al día siguiente tenía mucho que hacer: ordeñar vacas, arreglar cosas, intentar no pensar en Meg.

La señorita Jardine.

¿Por qué no pensar en ella?, le preguntaba una vocecita insidiosa.

Porque no.

Él sabía lo que el dinero podía hacerle a la gente, a los matrimonios, a las relaciones. El dinero había destruido a sus padres, convirtiéndolos en personas superficiales, perpetuamente rodeados de sicofantes. Él había tenido que hacer un enorme esfuerzo para no ir por el mismo camino.

Y no sabía cómo lidiar con una conexión emocional.

Daba igual. Su trabajo era muy satisfactorio y si había espacios vacíos… Elinor y los niños eran más que suficiente.

Todo lo que tenía que ofrecer era para ellos.

Tal vez Meg…

–Ni lo pienses –se dijo a sí mismo–. Tú no eres tan egoísta. Meg merece mucho más.

CAPÍTULO 6

MEG tardaba un rato en despertar cuando tenía que ordeñar a las cinco de la mañana. Le gustaba trabajar en silencio durante la primera hora y a las vacas también. Normalmente, también ellas parecían medio dormidas, librándose de su carga de leche antes de dedicarse a sus tareas: rumiar, dormir y hacer caca.

Al final, siempre despertaba. Estuviera trabajando con Letty o Kerrie, cuando terminaba de ordeñar normalmente tenía la radio puesta y estaba charlando con quien fuera. Incluso las vacas parecían más alegres.

Pero aquella mañana no era así. Su jefe parecía haberse levantado con el pie izquierdo. Trabajaba metódicamente, poniendo aparatos de ordeño, limpiando ubres y soltando a las vacas cuando el trabajo estaba hecho, pero contestaba a todo con monosílabos: sí, no, y nada más.

Seguramente sería lo mejor, pensó Meg. El día anterior la cosa había estado a punto de escapárseles de las manos. No sabía muy bien qué había estado a punto de escaparse, pero lo que fuera la asustaba. De modo que lo mejor sería que él fuera por un lado y ella por otro.

Pero era desconcertante. Cuando terminaron de ordeñar, William le dio la manguera, pero sin la alegría del día anterior y eso la irritó. Y cuando Craig llegó para buscar las tinajas de leche y le preguntó si era su novio, Meg pudo negar con la cabeza sin ponerse colorada. ¿Quién querría a alguien así como novio?

–No, es mi jefe. Es de Nueva York y ha tenido que quedarse aquí por la huelga de controladores.

–¿Y él ha comprado los Minis? –aparentemente, todo el distrito sabía lo de los Minis. Claro que el hijo de Craig era uno de los niños que estaban ayudando a montarlo.

–Sí.

–Buena idea –Craig miró a William, que estaba regando la puerta de la vaquería con la manguera–. Ayer parecía más contento.

–Echa de menos su casa.

–¿Está casado?

–No.

–¿Entonces qué echa de menos? ¡Oye, William, feliz Navidad!

Mañana no hay recogida de leche, así que felices fiestas.

William lo saludó con la mano y luego siguió regando. Pero cuando Craig se marchó, Meg se volvió hacia su jefe.

–¿Te hemos ofendido en algo?

Él se encogió de hombros.

–Es Nochebuena, anímate un poco.

–Yo terminaré de limpiar esto, tú ve a hacer otra cosa. ¿No tienes que rellenar un pavo o algo así?

–Sí, claro –Meg se alejó, realmente enfadada. Había pensado esperarlo para desayunar juntos, pero que se comiera una tostada él solo.

Antes de entrar en la casa se desvió para visitar a Millicent, que estaba en el prado, con el lomo y la cola ligeramente levantados.

Cuando saltó la cerca para observarla, el animal pareció relajarse un poco, pero Meg estaba segura de que el ternero iba a nacer o aquel día o al día siguiente.

Otro factor para complicar las Navidades. Letty estaría preocupada todo el día.

De vez en cuando, uno se encariñaba con una vaca y Millicent era una de ésas. Nació después de un parto difícil y había sido una ternera debilucha. Otro granjero la hubiera vendido de inmediato, pero Letty la había atendido como si fuera un bebé porque, según ella, tenía potencial.

Le había puesto nombre antes que a ninguna y se le había roto el corazón cuando se perdió. Encontrarla había sido una enorme alegría para ella.

–Bueno, no vamos a darle otro disgusto a Letty –dijo Meg, llenando un cubo de pienso–. Nada de complicaciones estas Navidades.

No podía hacer nada más. El parto de las vacas no requería una persona de apoyo, al menos al principio.

«El desayuno», pensó. Tenía hambre. «Y no pienses en William». Otra complicación que no necesitaba.

Pero entonces un grito rompió el silencio de la mañana, un grito tan aterrador que el corazón de Meg dejó de latir. Olvidándose de William y de las complicaciones de Millicent, empezó a correr hacia la casa.

La vaquería estaba tan limpia como podía estarlo. Ni una sola mancha había escapado a su ojo de águila esa mañana y, por fin, William cerró el grifo de la manguera con pesar para concentrarse en la siguiente tarea. Tenía aquel día y el día siguiente… mientras

intentaba que su relación con Meg fuera lo más fría posible.

Meg estaría en la cocina, desayunando. El día anterior la había visto comer una tostada. Antes de eso jamás la había visto comer. Sí, viajaban juntos a menudo, pero él siempre comía en su habitación. De ese modo, perdían menos tiempo.

Pero el día anterior había decidido que le gustaba verla tomar el desayuno. Tontería o no, en aquella ocasión no le había parecido una pérdida de tiempo.

Un hombre podría perder mucho tiempo mirando a Meg.

Y eso era lo que estaba intentando no pensar. William guardó la manguera en la rueda con más fuerza de la necesaria y decidió ir a ver si Scott estaba ya en el cobertizo. Eran más de las ocho y si charlaba un rato con Scott, tal vez Meg habría terminado de desayunar.

¿Qué clase de cobarde era? ¿Tenía miedo de ver a Meg comiendo una tostada?

Meg. La señorita Jardine.

Suspirando, William se pasó una mano por el pelo. Dos días…

Podía hacerlo, pensó, mientras se dirigía hacia la casa irritado consigo mismo. Lo único que necesitaba era un poco de disciplina y…

Entonces escuchó el grito.

Olvidándose de la disciplina y de todo lo demás, William salió corriendo.

Era Letty. ¿Dónde estaba? ¿Dónde?

Cuando se acercaba a la casa, Meg escuchó el grito de nuevo…

Estaba en el tejado, al lado de la chimenea por la que asomaban las piernas de Santa Claus. ¿Había intentado arreglarlas ella sola? Pero no era momento para hacerse preguntas. Letty estaba colgando del borde del tejado, diminuta, frágil y en serio peligro.

El tejado era viejo y el recubrimiento del alero estaba doblándose…

Scotty salía de la casa cuando Meg estaba llegando.

–¡La abuela está en el tejado!

El revestimiento del tejado cedió una vez más, sólo un poco, el chirrido del metal rozando metal haciendo que Meg se llevara una mano al corazón.

–¡Abuela! –gritó Scott, asustado–. ¡No te sueltes!

Meg estaba tan asustada que no podía gritar. ¿Cómo se había subido allí? La escalera… ¿dónde? Al lado de la puerta.

Pero William tomó la escalera antes de que ella pudiera hacerlo.

–Sujétala –le ordenó–. Scott, sujeta el otro lado.

El revestimiento cedió un poco más y Letty gritó de nuevo.

–¡Aguanta un poco! –el tono de William no admitía réplica–. Agárrate con las uñas si hace falta, pero no te sueltes. Yo subiré enseguida.

Nadie se movía. Meg y Scott sujetaban la escalera como si sus vidas dependieran de ello.

Sus vidas no dependían de ello, pero la de Letty sí. Y la de William también.

El tejado era peligroso y la escalera sólo llegaba a una de las cubiertas. William comenzó a caminar con cuidado porque estaba resbaladizo y tenía que hacerlo sin sujetarse a nada.

–Te vas a caer –dijo Meg.

–No te preocupes –murmuró él, encontrando agarre donde ella sabía que no lo había–. He sido montañero… habilidades básicas para un hombre de negocios moderno. Mira y sorpréndete.

Ella miró y sí, se sorprendió, pero no era admiración lo que sentía. Era terror.

«Por favor, por favor».

Y entonces, de alguna forma, William llegó a la parte superior, entre las chimeneas, donde estaba el trineo de Santa Claus. Lo empujó y rodó por la pendiente hasta caer al suelo.

Se acercó un poco más, un poco más… mientras Meg y Scott se olvidaban de respirar.

Había llegado al lado de Letty y se sujetó a una de las chimeneas con una mano mientras agarraba el brazo de Letty con el otro.

La tenía.

–No te muevas. Quédate inmóvil y deja que yo tire de ti.

Scotty intentó controlar un sollozo y Meg apretó su mano para consolarlo. Letty aún no estaba a salvo. William seguía apoyado precariamente en el tejado y el revestimiento seguía cediendo…

Y la escalera sólo llegaba hasta la primera cubierta… ¿ahora qué? William podía subir de un salto como un ladrón de guante blanco, ¿pero cómo iba a bajar sujetando a Letty?

–No podré bajar solo con ella. Si pierdo el equilibrio nos caeremos los dos.

Meg lo sabía. Necesitaban llamar a los bomberos, pensó. Necesitaban ayuda. Pero no tenían teléfono y el vecino más cercano estaba a tres kilómetros de allí…

–Voy a comprarte un teléfono por satélite para Navidad –lo oyó murmurar mientras tiraba de Letty como si fuera una muñeca de trapo–. Aunque me cueste un millón de dólares… así, buena chica –

un último tirón y la tenía sobre el tejado, en sus brazos.

Estaba a salvo, pensó Meg. La cubierta del ático parecía inestable, pero al menos su abuela ya no estaba colgando en el vacío.

Pero estaba herida. Veía una mancha roja en su brazo… ¿era sangre?

William apoyó a Letty en la chimenea y después de arrancar la manga del mono como si fuera gasa y no duro algodón, ató la tela al brazo herido.

–¿Cómo has subido hasta aquí?

Letty no contestó. Y no era buena señal.

William miró hacia abajo. Que Letty hubiera subido allí sola era increíble.

–Hay otra escalera –dijo Scott.

–¿Otra escalera?

–Usamos las dos para colocar el trineo.

–Usasteis las dos…

–Se cayó –murmuró Letty, su voz apenas un suspiro–. Cuando llegué arriba se cayó y tuve que agarrarme al alero.

Meg ya no estaba escuchando. Buscaba la escalera entre los arbustos que rodeaban la casa. Otra escalera, enterrada entre las hojas de brezo.

Scott y Letty habían subido al tejado usando dos escaleras. Solos.

¿Estaban locos o qué?

No debería haberlos dejado solos. Debería haber estado con ellos.

«Cálmate», se dijo a sí misma. Ya tendría tiempo para sentirse culpable.

–Voy a subir, William. Aguanta un momento.

No había tiempo para vacilaciones y empezó a subir los peldaños cargando con la otra escalera.

–Meg… ¿qué estás haciendo?

–Scott lo ha hecho, Letty lo ha hecho. Si toda mi familia está decidida a destruirse, lo mejor será que yo también me apunte. No hay alternativa.

–Si te caes, estás despedida.

¿Cómo podían Letty y Scott haber hecho aquello sin ayuda?

¿Y cómo no se había hecho esa pregunta antes? Letty tenía más de setenta años y que Scott hubiera hecho aquello con la férula…

Meg sintió un escalofrío.

–Puedes hacerlo –la animó William.

Cuando llegó a la primera cubierta, intentando mantener el

equilibrio, respiró profundamente y colocó la segunda escalera apoyándola en el canalón.

–No –dijo William.

–¿No?

–No se sujetará –parecía tranquilo, como si lo tuviera todo controlado–. Ahora entiendo por qué se ha caído antes. Se ha roto la junta del canalón sobre la que la había apoyado y no hay garantías de que no vaya a pasar lo mismo ahora. Tienes que apoyar un tablero o algo ancho para que el peso de la escalera recaiga sobre media docena de juntas.

–Voy a buscar uno –dijo Scott, desde abajo.

–¡Scott! –gritó William.

–¿Qué?

–Suelta esa escalera antes de que baje tu hermana y tú también estás despedido. Meg, deja la escalera donde está y baja a buscar algo para apoyarla.

Por fin, encontraron un tablero de unos tres metros. Scott lo sujetó desde abajo mientras ella tiraba de él para apoyarlo sobre el canalón y colocar encima la segunda escalera. Parecía sólido…

–Creo que ya está.

Lo único que William tenía que hacer era llevar a Letty hacia la escalera y una vez allí dejar que Meg la sujetara.

Con cuidado, paso a paso, iban acercándose. Letty no parecía tener fuerzas, pensó Meg. Y no podrían bajarla si perdía el conocimiento.

–Estoy ahorrando fuerzas –dijo su abuela, como si hubiera leído sus pensamientos.

–Eres una mujer lista además de valiente –la animó William.

Y ella pensó…

Sí, bueno, no servía de nada ir por ese camino. De todas las cosas inapropiadas que podía pensar en ese momento, la peor de todas era que William estaba más guapo que nunca. Con ese mono roto, el brazo desnudo, su expresión seria y concentrada, parecía…

Ella sabía lo que parecía. Y también sabía lo que le hacía sentir y eso hacía que las cosas fueran…

¿Más aterradoras? Sí, era aterrador decidir que amaba a un hombre que estaba sobre un tejado, con su abuela herida en el brazo y su hermano debajo. Y si se caían…

«Tranquilízate, Meg».

William se movía tan despacio que no había peligro de que perdiera el equilibrio. Pero la espera era interminable.

–Meg te agarrará las piernas mientras tú buscas el primer

peldaño. Estará debajo de ti. Agárrate con una mano, eso es todo lo que tienes que hacer. Meg guiará tus pies y te sujetará para que no te caigas. No sueltes el primer escalón hasta que te sientas totalmente estable. No hay prisa, tenemos todo el tiempo del mundo.

Todo el tiempo del mundo. Pero Letty estaba pálida como un fantasma y si se mareaba…

Si se mareaba ella la sujetaría y, de alguna forma, la llevaría al suelo. Nadie iba a caerse, el tipo del mono sin manga lo había dicho.

Y, de alguna forma, nadie se cayó. William consiguió que una temblorosa Letty pusiera el pie en el primer peldaño y a partir de ese momento, con Meg guiándola, todo fue como la seda.

–¿Estás lista para la siguiente escalera, abuela?

–Por supuesto –la voz de Letty era un suspiro, pero ella sabía que tenía un espíritu indomable.

Unos minutos después estaban en tierra firme y Scott sujetó a su abuela cuando estaba a punto de caer desmayada.

William bajó también y se quedó atrás mientras Scott, Letty y ella se abrazaban. Pero Meg alargó una mano para incluirlo en el abrazo; su héroe, su jefe.

William.

Se abrazaron los cuatro, un «abrazo de sándwich» solía llamarlos cuando era pequeña. Se abrazaban para celebrar algo o sencillamente porque eran una familia.

Y en aquel momento sentía lo mismo.

Pero William no era de la familia. Ella sabía que no lo era, de modo que no debería haberle dolido cuando fue el primero en apartarse.

Pero le dolió.

–Vamos a ver ese brazo –dijo William, con una voz no del todo firme. Y Meg supo que también él estaba emocionado. Tal vez no tanto como ella porque había una mujer llamada Elinor esperándolo…

Letty estaba sin fuerzas y Scott sacó unos cojines y una manta mientras Meg y William intentaban cortar la hemorragia como podían. Pero el brazo de Letty sangraba profusamente.

–No creo que debamos tocarlo. Lo mejor es llevarla al hospital.

–No pienso ir a ningún hospital –protestó ella. Y, como respuesta, William la tomó en brazos, manta y todo.

–Las llaves de la furgoneta, Meg. Tú irás con ella en el asiento de atrás.

–Tú tienes que quedarte, Scott –dijo Meg.

–¿Por qué?

–Porque Millicent está teniendo los primeros síntomas del parto.

–Mi Millicent… –protestó Letty.

–Tu Millicent, sí, que se va a quedar aquí. Tu nieto, Mickey y su padre cuidarán de ella, no te preocupes. Hay dos para ti y tres para Millicent. ¿Quieres discutir, abuela?

–No, no quiere discutir –respondió William–. Vámonos.

CAPÍTULO 7

EL CORTE en el brazo era profundo y los médicos querían que Letty se quedara en observación, pero su abuela se negó en redondo.

–Cósamelo y deme el alta. Tengo que rellenar un pavo.

El médico de guardia sacudió la cabeza.

–Ha perdido mucha sangre, es mayor y está asustada –les dijo mientras la llevaban al quirófano–. La tendremos un par de horas en observación después de darle unos cuantos puntos de sutura para asegurarnos de que no hay complicaciones. ¿Pueden esperar?

–Sí, claro.

En la sala de espera, William le pasó un brazo por los hombros. Meg estaba temblando como una hoja.

–No pasa nada, cariño, tranquila.

–No, yo no… no soy tu cariño.

–No pasa nada, señorita Jardine –dijo él, sin soltarla.

William se preguntó cómo iba a poder seguir llamándola «señorita Jardine». Aquélla no era su eficaz ayudante, era una persona a la que no conocía.

O tal vez no conocía a su eficaz ayudante porque empezaba a sentir que sí conocía a aquella mujer. Y quería saber más de ella.

–Si los paparazzi pudieran vernos ahora… –murmuró Meg entonces y William hizo una mueca.

–No creo que me reconocieran con esta pinta.

–¿Cómo has podido subir al tejado?

–Poseo habilidades extraordinarias –respondió él, intentando hacerla sonreír.

–¿Podrás arreglar las piernas de Santa Claus cuando volvamos a casa?

¿Qué?

William la miró y se dio cuenta de que estaba bromeando. Seguía temblando, pero no era de las que se acobardaban.

–Yo tengo una idea mejor: vamos a tirar una granada en la chimenea y así lo sacaremos de allí. Una vida sin cabeza no puede ser satisfactoria para nadie. Vamos a ahorrarle sufrimientos.

Meg soltó una carcajada y él apretó su hombro. Le gustaba estar allí, abrazándola, como si tuviera derecho a hacerlo.

¿Quería tener derecho?

¿Qué clase de tontería era ésa? La angustia del accidente debía haberlo afectado…

En ese momento, entró una enfermera.

–¿Señorita Jardine?

–¿Sí? –Meg se llevó una mano al corazón, como preparándose para lo peor. Pero ella ya había vivido lo peor: la muerte de sus padres, las lesiones de su hermano.

Ella sabía lo que pasaba cuando alguien a quien querías estaba sufriendo o desaparecía de tu vida.

–Su hermano está al teléfono –dijo la enfermera.

William la vio acercarse al mostrador para hablar con Scott. No parecía preocuparle su aspecto para nada. ¿Cuántas mujeres estarían tan a gusto con un mono de trabajo? Un mono sucio, además.

La vio hablar un rato y luego colgar el teléfono. Observó su elegancia mientras le daba las gracias a la enfermera y la vio volver a su lado y pensó: es una mujer entre un millón.

¿Una mujer por la que merezca cambiar de vida?

¿Qué pensamiento loco era aquél?

–Ya hay línea telefónica en la granja y los padres de Mickey están con Scott.

Meg estaba sonriendo, aunque su sonrisa era un poco trémula.

–Me alegro –dijo William, sin poder apartar la mirada de su rostro. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo guapa que era? Debía haber estado ciego.

–Todo está bien, no ha pasado nada… y todo gracias a ti –Meg tenía un nudo en la garganta, pero intentó disimular–. Tú has salvado a Letty, nos has salvado a todos.

–No hay que exagerar –dijo él, avergonzado–. Tú también has tomado parte en el salvamento.

–Yo no habría podido subir al tejado ni haberla ayudado a bajar sola.

–Uno no sabe de lo que es capaz hasta que tiene que hacerlo.

–No, ya imagino –murmuró Meg. Estaba tan cerca que podía tocarlo, pero no lo hizo–. En fin, eso es lo que tenía que decirte.

¿Eso era todo lo que tenía que decir? Él quería más. Quería besarla. En la sala de espera, con pacientes, médicos y parientes por todas partes.

Definitivamente, quería besarla.

–Deberíamos hacer algo mientras esperamos –Meg miró su reloj–. ¿Quieres que vayamos a ver el mar?

–¿Qué tal si vamos de compras? –sugirió William–. Las tiendas están abiertas hasta medianoche.

–¿Ir de compras con esta pinta? Ahora sí que parecemos personajes de *La matanza de Texas*.

–Por eso debemos ir de compras. ¿Tienes hambre?

–Ah, pues sí –respondió Meg, como si acabara de darse cuenta–. ¿Qué ha sido del desayuno?

William sonrió.

–Supongo que sigue en casa –respondió. ¿En casa? Esa palabra le pareció tan extraña–. En la granja.

–Podríamos comer un sándwich en la cafetería del hospital.

–Me niego a comer un sándwich de hospital el día de Nochebuena. Pero estoy abierto a cualquier otra sugerencia.

William sonrió entonces y ella le devolvió la sonrisa. Había tal tensión entre ellos que si una enfermera no se hubiera acercado en ese momento la habría tomado entre sus brazos para besarla allí mismo. Aún podría hacerlo, pero la enfermera estaba hablando con Meg, aunque mirándolo a él también.

Casi como si fuera de la familia.

–Ya le han dado los puntos de sutura –estaba diciendo–. Han usado una anestesia general muy suave, les ha parecido lo mejor porque estaba muy nerviosa. Y le estamos poniendo plasma. Supongo que estará dormida unas dos horas más o menos, ahora mismo no pueden verla.

William miró su móvil y dejó escapar un suspiro de alivio.

–Ah, por fin tengo cobertura. Le daré mi número… ¿podría llamarnos cuando despierte? Mientras tanto, sugiero que la señorita Jardine y yo vayamos a comprar algo de ropa y a comer algo.

–¿Y si yo quisiera un sándwich del hospital? –preguntó ella.

–Soy tu jefe. Eso tiene que contar para algo.

Contaba para mucho, como siempre.

Primero, la llevó a una tienda que, según la enfermera, era la más elegante de la ciudad.

–Necesitamos un vestido –le dijo a la dependienta–. O más de uno. Sugiero que compres tres, más los zapatos a juego –añadió, dejando su tarjeta de crédito sobre el mostrador.

–Esto parece *Pretty Woman* –protestó Meg–. Pero yo no estoy en venta.

–Y yo no tengo intención de comprar.

Cuando se miraron a los ojos, algo pasó entre ellos, algo cambió.

«Y yo no tengo intención de comprar».

Por supuesto que no, pensó Meg. Él tenía a Elinor y a otras mujeres de su círculo. Salía con actrices y modelos.

–Eres mi ayudante –dijo William, como si hubiera leído sus pensamientos–. Nada más. Pero no me gusta que mi ayudante lleve un mono manchado de sangre.

–Y a mí no me gusta ver a mi jefe con un mono manchado de sangre.

–Por eso pienso ir a la tienda a la que Scott me llevó ayer para comprar otros vaqueros. Te dejo… y nada de ponerte a temblar mientras yo no estoy. No ha pasado nada.

Entonces, sin previo aviso, tiró de su mano para atraerla hacia él y le dio un beso en los labios. Un besito corto. Pero no era así como ella quería que la besara.

–No me mire con esa cara, señorita Jardine. No estoy comprando su alma, sólo quiero que tenga un aspecto respetable.

–Meg –le recordó ella. Y si sonaba triste, no podía evitarlo.

–Yo creo que debería ser señorita Jardine.

–Muy bien, Willie –dijo ella. Y antes de que William pudiese imaginar lo que iba a hacer, tiró de su mano para darle un beso en los labios. Largo, desafiante–. Willie –repitió.

William tuvo que sonreír; una sonrisa de admiración. ¿Y algo más? ¿Algo que no quería admitir?

Daba igual, tenía que irse de allí. Y lo antes posible.

–Ojalá mi novio hiciera algo así –la dependienta suspiró.

–No es mi novio –dijo Meg.

–Pero es guapísimo.

–¿Con un mono manchado de sangre?

–Ese hombre estaría guapísimo con cualquier cosa –respondió la chica–. Bueno, vamos a buscar el vestido más bonito de la tienda. Con un hombre así, imagino que querrá estar guapa.

–Con un hombre así debería llevar una bolsa en la cabeza –murmuró Meg.

No debería aceptar su dinero, pero…

–¿Qué le parece éste? –le preguntó la dependienta, mostrándole un vestido que la dejó sin respiración. Era precioso, con escote halter y falda a capa, blanco con lunares rojos, estilo años cincuenta. Era juvenil, frívolo y tan diferente a lo que ella solía llevar que de inmediato negó con la cabeza.

Ella llevaba trajes de chaqueta a la oficina, el mono de trabajo en la granja y pantalones vaqueros. Y en casa tenía una falda gris para ir a la iglesia.

Ella no se ponía vestidos de lunares.

–Algo más discreto –le dijo.

–Estamos en Navidades y, si no le importa que se lo diga, ese mono es un desastre.

–Podría haber sido un desastre.

–Muy bien, podría haber sido un desastre –la dependienta asintió y Meg se dio cuenta de que estaba en manos de una profesional–. Y si lo hubiera sido, usted no habría tenido la oportunidad de ponerse un vestido de lunares. Y él… –la joven señaló la puerta de la tienda– nunca la hubiera visto con un vestido tan bonito.

Meg miró el vestido y luego miró hacia la puerta. William volvería. Pero se marcharía al día siguiente o en dos días.

Qué demonios, estaba cumpliendo órdenes de su jefe. Pero ya no le parecía su jefe, le parecía alguien completamente diferente.

Y ella también. Meg se miró al espejo y vio a la mujer que había sido dos días antes detrás de la mujer que era en ese momento. Y le parecía imposible que volviera a ser quien había sido.

Sería una de esas secretarias ancianas totalmente dedicadas a su jefe: «buenos días, señor McMaster, por supuesto que he corregido esa carta y también le he enviado flores a Sarah, lirios de agua porque según los periodistas es su flor favorita».

Mientras tanto…

Mientras tanto, Scotty se había subido al tejado para colocar una figura de Santa Claus y Letty había intentado arreglarlo. Si ella tuviera un trabajo normal, si pudiera volver a casa todas las noches…

Pero se dijo a sí misma que su trabajo era mejor que eso. Trabajar durante tres meses para luego poder quedarse en casa el resto del tiempo era fabuloso.

Siempre le había encantado trabajar para W.S. McMaster, pero ahora…

Ahora veía a William subido al tejado, sujetando a su abuela. William la había abrazado en el hospital y ella había necesitado que la abrazase.

Dos días antes había sido capaz de trazar una línea: su vida y la vida de su jefe. Pero las líneas se habían mezclado y eso la asustaba.

Ella siempre había sido una persona decidida; podía no gustarle, pero siempre sabía cuándo había que tomar una decisión. Y debía tomar una decisión en aquel momento. Aunque le doliese en el alma.

Llevaba un vestido de lunares.

La había dejado llevando un mono manchado de sangre y unas botas sucias y ahora, de repente, llevaba lo que podía ser descrito como un vestido alegre, un vestido navideño. Las botas habían sido reemplazadas por sandalias de tacón y la coleta que se hacía mientras estaba ordeñando era ahora una sedosa melena sujeta a un lado por una flor roja.

Parecía diez años más joven.

Y estaba preciosa.

–Es… demasiado extravagante –Meg se miraba al espejo como si tampoco ella se reconociera.

–Es precioso –dijo la dependienta–. Hemos encontrado dos igualmente bonitos, pero se niega a comprar tres vestidos. También se negaba a comparar éste, pero yo la he convencido.

–Bien hecho –la felicitó William, acercándose.

–Es extravagante –repitió Meg.

–No, no lo es. Estás guapísima.

–Me siento como una estrella de Hollywood.

–De Hollywood salen grandes cosas. Nos lo llevamos –William seguía sin dejar de mirarla–. Y los otros dos vestidos también. Pero éste se lo lleva puesto.

–Aún no he dicho que sí.

–¿Piensas ir a un restaurante con el mono manchado de sangre?

–No pienso ir a ningún restaurante –dijo ella. Su nueva resolución no incluía comer con él. Comería un sándwich en el hospital, soportaría como pudiese las Navidades y más tarde, cuando lo pusiera en un avión con destino a Nueva York, le diría cuál era su decisión.

Una secretaria enamorada de su jefe… Meg sacudió la cabeza para apartar de sí esa imagen.

Su decisión era la correcta, por mucho que le doliese. Tenía que seguir adelante.

–Pues claro que vamos a un restaurante. Yo también he comprado ropa, así que los dos vamos bien vestidos –William sonrió–. ¿Te gustan mis pantalones?

Meg se dijo a sí misma que había tomado una decisión. Pero esa sonrisa…

CAPÍTULO 8

MEG salió de la tienda sintiéndose como una actriz de cine de los años cincuenta. Y cuando William puso una mano en su espalda para guiarla entre la gente, la sensación de irrealidad aumentó.

–No lo pienses –dijo él, tal vez notando que se sentía incómoda–. La gente te miraba cuando ibas con el mono manchado de sangre y te miran ahora, pero con mejor cara. Vamos a concentrarnos en lo que es importante: el desayuno.

Meg había dejado de luchar. Tenía tanta hambre que estaba a punto de desmayarse.

–Sí, por favor, vamos a comer algo.

Pero cuando vio dónde se dirigían se quedó helada. La llevaba al restaurante más caro del distrito.

Ella nunca había estado allí.

–Éste es un sitio en el que los ricos celebran bodas y aniversarios. Aquí no sirven desayunos.

–Hoy sí, he llamado por teléfono y he hablado personalmente con el chef. Hemos tenido una larga charla y podemos tomar lo que queramos –dijo él, saliendo de la furgoneta para abrirle la puerta como si fuera una de sus novias y no la señorita Jardine, su ayudante.

Nunca le había abierto la puerta de un coche y habían subido y bajado de muchos en esos tres años. Le abría puertas con natural cortesía masculina, pero dar la vuelta a un coche… no. Ella era su empleada y ese tipo de detalles estaba reservado para sus novias.

Y ella no era su novia, pensó.

Cuando se colocó a su lado para entrar en el restaurante le pareció que aquello no era real, como si fuera una película. La línea divisoria se había vuelto borrosa de nuevo.

Y si la línea era borrosa nunca habría un buen momento para preguntar, de modo que… ¿por qué no preguntar de inmediato?

–¿Quién es Elinor?

William la miró en silencio durante unos segundos y luego, encogiéndose de hombros, abrió la puerta del restaurante y le hizo un gesto para que entrase.

–Te lo contaré durante el desayuno.

El local estaba prácticamente vacío. Era un sitio donde servían

almuerzos a una hora respetable y tal vez no les hubieran servido de no haber sido W.S. McMaster. Seguro que no.

–Los paparazzi aparecerán de un momento a otro.

–¿Crees que los paparazzi no tienen nada mejor que hacer el día de Nochebuena? Yo soy un famoso de segunda clase para ellos.

Era cierto, pero sólo porque no daba escándalos. Aunque su nombre era conocido en todas partes, William solía alejarse de las cámaras. Salía en las revistas acudiendo a eventos benéficos o estrenos, apartándose discretamente de la mujer del momento para dejarle su momento de gloria. Y si las mujeres con las que salía empezaban a disfrutar demasiado de los focos, les decía adiós.

¿Era por eso por lo que no había sabido nada de la tal Elinor hasta ese momento? ¿Sería una persona discreta?

No debería haber preguntado. No era asunto suyo.

Pero quería saberlo.

El maître los llevó a la mejor mesa del restaurante, en un reservado desde el que podía verse el océano. Había gente haciendo windsurf y, de repente, Meg se preguntó cuándo había ido a nadar por última vez.

Su granja estaba a una hora del mar y nunca tenía tiempo para algo tan frívolo.

Tal vez cuando cambiase de trabajo…

Pero ese pensamiento la entristecía.

–Huevos, beicon, tostadas, fruta, zumo y café –pidió William–. En el orden que le parezca mientras sea rápido. ¿Le parece bien, señorita Jardine?

Señorita Jardine. Le sonaba tan raro… y tal vez también a William porque tenía el ceño fruncido.

–Sí, estupendo.

–Puede que éste no sea el mejor momento para decírtelo, pero creo que debo hacerlo: voy a renunciar a mi puesto de trabajo.

–¿Renunciar?

–No te preocupes, yo misma entrenaré a mi sustituta –se apresuró a decir Meg–. No voy a dejarte colgado.

–¿Puedo preguntar por qué?

–Porque dependemos el uno del otro, pero debemos mantenernos distantes… y cuando te he visto en el tejado no me sentía distante.

–¿Qué quieres decir?

–Que ya no te veo como el señor McMaster sino como el hombre que salvó la vida de mi abuela.

–Muy bien, entonces te pagaré menos.

–Muy gracioso.

–No creo que abandonarme sea una muestra de gratitud.

–Tú sabes lo que quiero decir.

Sí, lo sabía. Meg vio un brillo en sus ojos que podría haber confundido con un brillo de dolor si no supiera lo frío que era aquel hombre.

–Tienes un contrato conmigo.

–Expira el mes que viene y no has firmado la renovación.

–¿Y me lo dices ahora? ¿Esperas que compartamos las fiestas cuando ya no trabajas para mí?

–Es la única manera de compartir estas fiestas contigo… sintiendo lo que siento –dijo Meg entonces.

–¿Qué es lo que sientes?

–Que ya no eres mi jefe.

–Tonterías.

–No es una tontería. Lo siento mucho, pero es así. Renuncio. Si quieres que siga trabajando hasta que encuentre una sustituta…

–Eso significaría trabajar en Navidad.

–Y no acepto la extra de Navidad, por cierto. Aceptaré los vestidos a cambio.

–¿Qué bobada es ésa? –exclamó William–. No puedes permitirte ese gran gesto.

–Es lo que tengo que hacer.

–¿Qué significa eso?

–Que no todo es dinero en la vida –Meg vaciló–. ¿Quién es Elinor?

–Ah, ya lo entiendo. ¿Todo esto es por Elinor?

–¿Quieres decir que yo, tu ayudante, estoy celosa de una mujer llamada Elinor? Pues claro que no. Lo que digo es que la línea entre la relación profesional y la personal ya no está tan clara. La semana pasada no me hubiera atrevido a preguntar y seguramente no habría querido hacerlo, pero ahora quiero saber por qué no tuviste un perro de niño, quiero saber quién te enseñó a subirte a los árboles y quién es Elinor –Meg vaciló–. Tal vez todo esto no tenga sentido para ti, pero hace una semana no me importaba que parecieses tan… infeliz.

–Yo no soy infeliz –replicó William, molesto.

–Bueno, no sé cuál será la palabra, pero estás como apartado del mundo cuando dejar que el mundo entre en tu vida podría hacerte feliz.

Y él lo entendió de repente.

–¿Como cuidar de Letty y Scott?

–Por ejemplo.
–¿Y si algo les ocurriera?
–Mi mundo se vendría abajo.
–Pues entonces es absurdo.
–¿Quién es Elinor? –insistió Meg.
–No es asunto tuyo.
–No, no lo es –asintió ella–. Puedes decirme que me meta en mis cosas, pero soy tu anfitriona estas Navidades y has salvado la vida de mi abuela, así que estoy en deuda contigo y tú estás en deuda conmigo. Y me gustaría saber que hay alguien en tu vida que es capaz de hacerte sonreír y borrar esa expresión fría de tu rostro.
William la miró, atónito. No era sólo por ella, pensó Meg. Era por él. Había salvado a Letty, al menos tenía que intentarlo.
Pero entonces llegó el desayuno. Un par de chicas acababan de entrar para tomar un almuerzo temprano y al ver cómo miraban a William pensó: «es mío, apartaos».
Por Dios, qué estupidez. Era por eso por lo que debía renunciar.
Tal vez no quería saber quién era Elinor. No tenía derecho.
Pero no iba a retirar la pregunta…
–Elinor es una madre de acogida en Manhattan –empezó a decir William–. Es una señora afroamericana encantadora y con un corazón tan grande como Texas. Tiene edad para retirarse, pero siempre hay niños que la necesitan. Ahora mismo se encarga de dos, Ned y Pip. Hace dos años se hizo cargo de ellos mientras la madre estaba en una clínica de desintoxicación, pero en lugar de rehabilitarse decidió robar una farmacia. Ha estado en la cárcel desde entonces y no tiene contacto con ellos, pero tampoco quiere darlos en adopción, así que Elinor es su madre por el momento.
Meg tardó un momento en comprender.
–¿Y tú… cómo la conociste? –le preguntó.
–Conocí a Elinor cuando patrocinaba un programa de acogida en Manhattan. Es una organización que ayuda a personas que desean acoger niños, pero tienen medios limitados. Así que Elinor y los niños se han convertido en… mis amigos de acogida. Y prometí estar con ellos estas Navidades.
–Ah, ya veo.
Y era cierto. De modo que la imagen del millonario de Manhattan comiendo langosta y tomando champán no era la imagen real.
–Siento mucho no haber podido conseguir un vuelo.
–No es culpa tuya. Venga, come.
Comer. Casi había olvidado que tenía hambre… Elinor era una

madre de acogida y a William le importaban los niños.

Pero sólo durante unos meses, pensó, el resto del tiempo estaba trabajando, viajando. Y, de repente, experimentó una horrible tristeza por aquel hombre que estaba solo en el mundo y estaría solo para siempre. Y ella no podía hacer nada.

Pero tal vez tenía razón, tal vez él no era infeliz y era ella quien se arriesgaba a que le rompieran el corazón.

Todo aquello era demasiado complicado, pensó, tomando su tostada. Y sólo había una cosa que hacer.

–Vamos a dar un paseo –anunció William cuando terminaron de desayunar.

–Muy bien.

Meg se quitó las sandalias para pasear por la arena y él se quedó en el paseo marítimo, mirándola. Había cambiado las botas por un par de mocasines, pero no estaba dispuesto a dar el siguiente paso. ¿W.S. McMaster descalzo, paseando por la arena? Impensable.

Ella estaba rozando el agua, él en tierra firme.

¿Tierra firme? No había tal cosa; nada era sólido, todo estaba cambiando.

¿Por qué no se quitaba los zapatos? ¿Por qué no se acercaba a ella?

Meg sabía por qué. Incluso sabía que era lo más sensato.

Sentía el viento en la cara, la arena y la sal entre los dedos de los pies. Era maravilloso. Sólo necesitaba que William la tomase de la mano y su vida sería…

Un cuento de hadas.

«Así que deja de pensar tonterías», se dijo a sí misma. Aquel hombre era un multimillonario de Manhattan, su ex jefe. Estaba sin trabajo, con cien vacas a las que atender, un hermano pequeño y una abuela que la necesitaban.

Estaba siendo un imbécil.

Pero no sabía qué hacer. Había cien emociones diferentes en su corazón y no sabía qué hacer con ninguna de ellas.

Una parte de él quería quitarse los zapatos y correr a su lado para tomarla por la cintura… y no soltarla nunca.

Pero eso sería muy egoísta por su parte.

Meg no era como las mujeres con las que él salía. La había elegido como ayudante porque era eficiente, inteligente, sensata. Leal, honesta, discreta, divertida, emocional.

Confiada y preciosa.

Y no sabía qué hacer con todo eso. Él se movía en círculos donde las mujeres conocían los límites; él era un accesorio, un hombre con dinero que resultaba bueno para su imagen. Nadie se aferraba a él, nadie le exigía nada.

Meg no se aferraba a él, al contrario, estaba alejándose.

Y eso era lo que debía hacer. Ella sabía que se habían saltado la barrera y estaba protegiéndose a sí misma. Y si él saltaba la barrera acercándose para tomar su mano como si fueran una pareja normal… como si fueran novios.

No, tenía que marcharse. Él no dependía de nadie.

Podría depender de Meg.

No, decidió. En un par de días dejarían de verse. Meg conseguiría algún trabajo en Curalo o se quedaría en la granja, ordeñando las vacas. Cuidando de Letty y Scott.

Era su decisión. Y tenía derecho a protegerse.

Buscaría una nueva ayudante y todo habría terminado.

Pero antes… antes tenía que pasar las Navidades allí. Y luego tomaría un avión a Nueva York.

¿Y luego vivirían felices para siempre?

CAPÍTULO 9

VOLVIERON a casa en silencio, con Letty tumbada en el asiento de atrás, medio dormida. Los médicos querían que se quedara en el hospital un día más pero como era de esperar, ella se había negado.

–Por cierto, he comprado una antena parabólica para la granja. Así tendréis conexión telefónica por satélite.

Meg lo miró, asustada.

–¿Qué?

–Por lo visto, las antenas parabólicas son el mejor regalo de Navidad en esta zona del mundo. Ni siquiera yo he podido conseguir que la instalasen hoy, pero vendrán el día después de Navidad.

–Yo no puedo permitirme…

–Está pagado, tres años por adelantado.

–No, gracias –dijo Meg entonces–. Tres vestidos son más que suficiente.

–¿Estás loca? –Letty había despertado de repente–. A Scotty le encantará. Tú sabes que hay días que tiene que quedarse en casa sin nada que hacer. No puedes decir que no.

–Ya no trabajo para el señor McMaster –le explicó Meg–. Así que no puedo aceptar un regalo tan caro.

–¿Ya no trabajas para él?

–No.

–Ha renunciado –dijo William–. Dile que es tonta.

–Si ha renunciado, será por una buena razón. Pero una antena parabólica… será el regalo para Scotty y para mí, no para Meg. ¿Verdad que sí, señor McMaster?

–William –dijo él.

–William –repitió Letty–. El amigo de Scott, mi amigo. Meg, cariño, William tiene montones de dinero y acaba de regalarnos algo que nosotros sí necesitamos a cambio de alojarlo en casa estas Navidades… y no quiere nada a cambio, ¿verdad que no, señor McMaster?

–¡William!

–William –repitió Letty–. Pero no está intentando comprarte ni nada parecido. Tú no le debes nada.

–Nada en absoluto –asintió él.

–Entonces, yo acepto la antena parabólica en nombre de Scott. Y tu cama en la granja está asegurada.

Cuando se fueron, la granja estaba casi desierta. Cuando volvieron, en el camino había una docena de coches.

–Esto parece un funeral –dijo Letty.

–De no ser por William podría haberlo sido –le recordó Meg. Y él pensó que su voz sonaba triste.

–Han venido a ayudar –dijo Scott, saliendo al porche con sus muletas–. Sabían que habíamos dejado la cosecha de heno hasta después de Navidad y se han puesto a trabajar.

–Lo dirás de broma –Meg miró el cobertizo del heno, que aquella mañana estaba vacío y ahora estaba medio lleno.

–Podemos trabajar cuando nos dé la gana –dijo Jenny, que se acercó para darle un abrazo.

–Muchísimas gracias a todos –Meg estaba emocionada–. Os lo agradezco muchísimo, de verdad, pero tengo que llevar a Letty a la cama…

–Yo la llevaré –se ofreció William.

Meg notó las miraditas que intercambiaban sus vecinos. Una tontería porque en dos días se habría marchado de allí.

Scotty debía estar agotado. Cuando Meg llegó al establo vio que su hermano estaba a punto de derrumbarse. Físicamente seguía siendo muy frágil y lo que había ocurrido aquella mañana debía haberlo aterrorizado…

Le gustaría abrazarlo y meterlo en la cama, pero no quería herir su orgullo.

–¿Creéis que podéis llevar este sitio sin mí?

–Esto de ordeñar es facilísimo –dijo William–. Estoy a punto de añadir ordeñador a mi currículo.

–¿La abuela está dormida? –le preguntó Scott.

–Casi, pero quiere darte las buenas noches. ¿Te importa quedarte con ella un rato? Estoy un poco preocupada.

–Sí, claro –su hermano se levantó, intentando disimular cuánto le costaba–. Vigila a William, anda. Cuatro ubres, cuatro copas de ordeño. Aún no lo ha aprendido.

–¡Oye! –exclamó él, fingiéndose dolido–. Me da pena que te hayas quitado el vestido, estabas muy guapa –le dijo cuando se quedaron solos.

–Me lo pondré mañana –Meg intentaba contener sus emociones.

Dos días como máximo y William se habría ido–. Háblame de Pip y Ned. ¿Has comprado regalos de Navidad para ellos?

–Sí, claro: cuentos, juguetes, peluches… de todo. ¿Meg?

–¿Sí?

–Reconsidera lo de dejar el trabajo.

–No.

–¿Por qué no?

–Esto no es negociable. Para ser tu ayudante no puede haber ninguna relación personal entre nosotros. Debo verte como al jefe, nada más.

–¿Y ya no es así?

–No –respondió ella–. ¿Podemos seguir ordeñando?

–Sí, claro. Mientras tú reconsideres lo del trabajo.

–Eso es absurdo.

–Lo que es absurdo es que dejes un trabajo bien pagado.

Meg no respondió. No sabía qué decir.

Pero ella tenía razón, no era negociable. Y ambos lo sabían.

Cuando terminaron de ordeñar, volvieron a la casa y comieron pastel de mango y sándwiches de jamón, en ese orden porque Letty y Scott estaban dormidos y no importaba el orden en el que comieran.

William pensó en las cenas de Nochebuena de su infancia. Las Navidades eran una excusa para relacionarse y eso significaba grandes fiestas y gente borracha. En Navidades, fingían ser una familia unida.

Allí, durante los últimos dos días, habían comido jamón, pan recién hecho y mantequilla cuando querían, a la hora que querían. Y le parecía muy bien. Sensato, encantador.

Y, sin embargo, el mundo parecía estar patas arriba, pensó mientras lavaba los platos, con Meg a su lado. Era una tarea tan doméstica, tan extraña para él. Lavar los platos con su ayudante era raro. Todo aquel día había sido raro.

Había perdido a su ayudante.

Había perdido a Meg.

–Ya tenemos Internet, así que podrás ponerte en contacto con el resto del mundo antes de irte a dormir.

–¿Y tú?

–Yo tengo que ir a ver a Millicent y luego me iré a la cama. Navidad o no, tengo que levantarme a las cinco de la mañana. Buenas noches, William.

–¿Quieres ayuda con Millicent?

–No creo que hoy vaya a pasar nada. Buenas noches.

William suspiró. Entraría en Internet para ver qué pasaba con la huelga de controladores. Tal vez ya estaría resuelta.

Tal vez podría marcharse.

Tal vez aquella noche sí iba a pasar algo. Millicent parecía incómoda y arqueaba el lomo y la cola constantemente. Y sus ojos le decían que estaba sufriendo.

–No pasa nada –intentó tranquilizarla Meg, acariciando sus orejas. Aquella vaca había sido criada como una mascota, era una tonta y ella la adoraba–. Feliz Navidad, Millicent. Vamos a tener un niño el día de Navidad. Esto debería ocurrir en un pesebre… en fin, ¿quién necesita un pesebre? Aquí es donde nacen los terneros, así que venga, empieza.

Millicent levantó los ojos al cielo.

–Lo sé, cariño, no es fácil. Bueno, la verdad es que no lo sé, pero me lo han contado. Deberías tener al papá sujetando tu pezuña.

Estaba pensando en William. William y ella teniendo un niño, con él apretando su mano…

–Qué bobada –murmuró–. Somos dos chicas solteras y tenemos que ayudarnos. Tú haz tu parte, yo haré la mía.

Había habido una oferta de última hora para los controladores aéreos. Como era Navidad, debían votar por Internet y si la mayoría de los miembros del sindicato votaba afirmativamente, los aviones empezarían a volar a primera hora de la mañana.

Genial. Podría llegar a Nueva York el día de Navidad, pensó, porque ganaría un día viajando desde Australia.

Podría darle sus regalos a Pip y Ned. Podría verlos otra vez, incluso llevarlos a cenar.

¿Y dejar a Meg?

Era su empleada, su exempleada. ¿Entonces dónde estaba el problema?

Ningún problema.

Tenía que ayudarla a ordeñar a las cinco de la mañana, de modo que debía irse a dormir. William se metió en la cama y miró el techo de la habitación pensando en…

Meg.

No dejaba de pensar en ella. Intentaba pensar en otras cosas, pero no era capaz. Ella parecía lo único importante.

¿Qué tontería era ésa? ¿Dónde estaba su lógica, su sentido

común? Furioso consigo mismo, saltó de la cama y miró por la ventana. Las dos de la mañana y el cielo estaba lleno de estrellas.

Había una luz encendida en el corral, al lado de la vaquería. Una lucecita como la de una linterna.

¿Estaría pariendo Millicent?

Meg estaría allí, ayudándola. Pero no era asunto suyo. Él no sabía nada sobre partos ni sobre vacas. No le serviría de nada.

Pero ahora que sabía que estaba allí, no hacer nada era imposible. Ayudaría en lo que pudiera, pensó. Y luego se marcharía.

¿Qué clase de vida era aquélla?, se preguntó mientras se vestía. Meg llevaba despierta desde las cinco de la mañana y después del susto con su abuela aún tenía que ayudar a un animal a parir…

Entonces recordó las veces que él le había exigido que trabajase catorce horas, que se despertase a las cinco de la mañana para tomar un avión, que siguiera trabajando hasta que todo estuviera solucionado…

Él tenía varias ayudantes y aunque trabajaban sin descanso para él, no se quejaban nunca.

Las pagaba muy bien para que no se quejasen.

Pero, por primera vez, sintió una punzada de culpabilidad. Él trataba bien a sus empleados y dejaba claro desde el principio lo que esperaba de ellos. Pero exigir que la relación fuera totalmente impersonal…

«No te encariñes con gente a la que pagas».

Meg lo estaba volviendo loco, ése era el problema. Y cuanto antes se fuera de allí, mejor para todos.

Pero cuando se acercaba al corral vio… ¿qué estaba pasando?

Millicent estaba tumbada de lado, arqueando el lomo y estirando el cuello. Y Meg estaba tumbada también. Podía ver una manta, un cubo, cuerdas…

–¿Algún problema? –le preguntó.

En lugar de contestar, Meg dejó escapar un gemido de dolor y enseguida supo por qué. No estaba en condiciones de pensar en nada que no fuera la vaca.

¿Pero qué estaba haciendo?

–¿Qué ocurre? –insistió, poniéndose en cuclillas a su lado.

–Distocia –respondió ella, con un brazo enterrado en el cuerpo del animal–. No puedo…

–¿Qué es eso?

–El ternero… es el primer parto de Millicent y el toro era demasiado grande y ahora esto. Lo sabía, no puedo…

–¿Qué no puedes? –insistió William. Él nunca había visto un

parto, nunca había querido verlo.

Pero, evidentemente, iba a ver aquél.

–Tal vez tú puedas ayudarme –dijo Meg–. Tú eres más fuerte que yo.

–¿No podemos llamar al veterinario?

–Se ha ido de vacaciones. Nos lo advirtió, pero…

–Pero tiene que haber algún otro… ¿qué haces?

–No puedo… –Meg empujaba el brazo–. La pata del ternero está doblada hacia atrás, por eso no sale. Tengo que darle la vuelta pero no puedo, no tengo fuerzas suficientes –William la vio empujar y empujar y luego sacar el brazo para meterlo en un cubo–. ¿Puedes intentarlo tú?

–¿Intentar qué?

–Empujar la cabeza hacia atrás para que salga de frente.

William sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo.

–¿Quieres que…?

–Yo no tengo fuerzas suficientes. Quítate la camisa y mete el brazo en ese cubo de desinfectante. Date prisa, antes de la próxima contracción.

William se quitó la camisa, metió el brazo en el cubo y dejó que Meg le untara algo que parecía vaselina.

–Túmbate en el suelo. Si sientes que tiene una contracción no hagas nada salvo evitar que eche la cabeza hacia delante. Tienes que empujar la cabeza hacia atrás para tirar de la pata.

–No sé lo que estás diciendo. Yo no sé nada de esto…

–Es muy sencillo: las vacas tienen dos patas delanteras. Para que el ternero pueda salir, las dos patas tienen que estar colocadas delante, como si fuera a lanzarse de cabeza, ¿lo entiendes?

–¿Y cómo voy a saber lo que es una pata y lo que no?

–Por favor, no es física quántica. Si tocas un ojo, no es una pata.

William hizo una mueca de horror.

–Las pezuñas son duras. Piénsalo, piensa en lo que buscas y consíguelo. Con cuidado para no hacerle daño, pero tienes que hacerlo rápido, antes de la próxima contracción.

De modo que William se tumbó sobre la hierba e hizo lo impensable. Para su asombro, enseguida pudo notar… ¿qué? Ah, la cabeza. Y a su lado había una pata, pero no dos.

Necesitaba la otra pata.

Entonces Millicent sufrió otra contracción y entendió por qué Meg gemía de dolor. Él mismo estuvo a punto de gemir como un condenado.

–No hagas nada durante la contracción, sólo sujétala.

–Ya no tiene contracción. Y creo que he encontrado la cabeza.

–Intenta apartarla. Apártala hasta que encuentres la otra pata.

William empujó, despacio al principio y luego, cuando estuvo más seguro, con fuerza.

La cabeza se movió a un lado.

–Ahora, antes de la siguiente contracción, busca la otra pata.

William soltó la cabeza del animal. Todo era tan pringoso, tan resbaladizo… pero allí estaba, algo duro. Tenía que ser la pezuña o el hueso de la pata. La enganchó con dos dedos y empezó a tirar…

–Cuidado –le advirtió Meg–. Ten mucho cuidado.

Otra contracción. William soltó la pata para sujetar la cabeza.

Luego, cuando la contracción terminó, buscó la pata de nuevo y esta vez sabía lo que hacía. Más o menos. Tiró de ella, rezando para no hacerle daño al animal, pero no encontraba la primera pata…

¡Las tenía, las dos!

–¿Las tienes colocadas?

–Sí, con la cabeza en medio.

La siguiente contracción empujó al ternero hacia fuera y Meg tomó la cuerda para atar las dos pezuñas.

–Por si acaso necesita ayuda –le dijo–. Millicent está agotada y el ternero es grande. ¿Puedes sujetar la cuerda? Pero no tires muy fuerte, tira con la contracción. Me conformo con un centímetro cada vez.

–Haré lo que pueda.

–Madre mía, qué cabeza tan grande. Con ese pedazo de cerebro puede que estés teniendo el ternero más listo del mundo, Millicent. Pero vas a tener que tejer durante días para hacerle un gorrito de lana.

William se dio cuenta de que de verdad quería al animal. ¿Le había entregado su corazón a una vaca? ¿Dónde estaba su eficiente y seria ayudante?

Había desaparecido.

–Sigue tirando, muy bien…

La cabeza iba asomando poco a poco con cada contracción y por fin no tuvieron que seguir usando la cuerda. Mientras Millicent dejaba escapar un gemido bovino, Meg limpió la membrana del hocico del ternero y puso una mano en el lomo del animal.

–Ya casi estamos, chica. Un empujón más, venga, tú puedes hacerlo.

Una contracción más y el ternero cayó a su lado sobre la hierba, un bulto mojado de patitas delgadas y hocico negro. Dejando escapar un grito de alivio, Meg lo empujó hacia arriba para que

Millicent pudiera darle un beso.

Y lo hizo. La vaca volvió la cabeza y empezó a lamerlo con una lengua enorme. Y cuando miró a Meg, William vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Un hombre tendría que ser de piedra para no sentirse conmovido, para no tomarla entre sus brazos…

Había ayudado a nacer a un ternero. Lo habían hecho Meg y él. La sensación era increíble.

Y Meg era preciosa, pensó. Temblando, manchada de todo, con lágrimas rodando por su rostro.

¿Cómo podía dejarla temblando sin hacer nada? ¿Cómo no iba a tomarla entre sus brazos? De modo que lo hizo y cuando ella apoyó la cabeza en su pecho, besó su pelo suavemente.

La emoción del nacimiento estaba a su alrededor, las estrellas, el calor de la noche, la sensación de que había ocurrido un milagro. Una nueva vida… ¿sentiría aquello cada vez que ayudaba a parir a un animal? Pero enseguida se olvidó de la pregunta porque Meg había levantado la cabeza para mirarlo.

Sabía que iba a besarla y quería que la besara, lo veía en sus ojos. Una cosa más que añadir a aquella gloriosa noche. O tal vez había estado esperando ese beso durante toda su vida.

Era una locura pensar eso, ¿pero cómo podía pensar que era una locura cuando estaba tomando su cara entre las manos? ¿Cómo podía pensar que era una locura cuando estaba inclinando la cabeza para buscar sus labios y ella era tan dulce, tan preciosa?

Su deseo era tan grande como el suyo, podía sentirlo en el calor de sus labios.

El beso se volvió urgente, duro, exigente. La deseaba con una pasión desconocida para él, con una pasión que lo hacía temblar y perder el control.

Era Nochebuena, estaba en un corral en algún sitio de Australia, no sabía bien dónde, con una mujer a la que creía conocer pero a la que no conocía en absoluto.

Su Meg.

No, sólo Meg.

William siguió besándola y ella respondió… cómo la deseaba. Sin decir nada, bajó las manos para acariciar sus pechos, pero llevaba el mono. ¿Cómo se quitaba un mono?

Lo llevaba abrochado hasta el cuello. No, no eran botones, eran corchetes que se abrieron con un satisfactorio ruidito. Debajo llevaba un sujetador y debajo del sujetador…

William contuvo el aliento.

Cuando acarició sus pechos pensó que nunca había deseado a

una mujer como la deseaba a ella.

Ninguna mujer era Meg.

Se acariciaban el uno al otro con desesperación. A la luz de la luna, su piel pálida y luminosa casi parecía brillar.

Estaban sobre una manta o algo así y ninguna cama podría ser mejor.

–No te has quitado el pantalón –susurró ella–. No es justo.

William se lo quitó de un tirón. Y debajo, bueno, no había mucho.

–Tú llevas sujetador y yo no llevo nada.

–Yo creo que eso está bien –Meg rió.

–No tengo preservativos.

Ella se detuvo entonces, como si hubiera caído en la cuenta por primera vez.

–El problema de Millicent es que no usó preservativo. Y mira lo que le ha pasado.

William rió, pero era una risa trémula.

Meg se apartó y lo miró a los ojos, en silencio, mientras volvía a abrocharse el mono.

–Ha sido divertido –empezó a decir. De repente, era de nuevo la señorita Jardine, fría, sensata–. Un parto hace que te vuelvas loco, pero ya está bien, quedan tres horas para las cinco y necesito dormir un poco.

–Meg…

–No.

–¿No?

–No –ella lo miraba a los ojos, serena y fría–. Esto ha sido una locura provocada por la luna. Y confirma mi decisión de dejar el trabajo.

–¿Por qué?

–¿Y si hubiéramos tenido preservativos, William? Entonces estaríamos perdidos.

«Perdidos». La palabra quedó colgada entre ellos, cargada de significado.

–¿Me ayudas a recoger? Millicent tiene que limpiar a su ternero y no nos necesita… es una ternera, por cierto. La llamaremos Milly. Millicent, madre de Milly. Suena bien, ¿no te parece?

Estaba hablando por hablar, William lo sabía. Intentando olvidar la emoción.

–No quiero apartarme de ti –dijo él entonces, con una franqueza que lo sorprendió.

–No hay sitio para mí en tu mundo. Lo había cuando era tu

ayudante, ya no. Lo hemos estropeado todo y lo único que podemos hacer es seguir adelante con nuestras vidas. Tú tienes a Ned, a Pip y a Elinor en Nueva York, yo tengo a mi familia y a estas vacas que hay que ordeñar todos los días. Eso es suficiente para hacerme feliz.

–¿Lo es?

–Sí –respondió Meg, levantándose–. Lo es. Tiene que serlo.

CAPÍTULO 10

WILLIAM despertó al escuchar a una soprano cantando *Noche de Paz*. Letty cantaba con ella, a todo pulmón y un par de perros se unieron al coro.

Las cinco y media de la mañana. Llevaba en la cama dos horas y había estado despierto la mayor parte del tiempo. Suspirando, se tapó la cabeza con la almohada, pero Scotty empezó a cantar también y más perros se unieron al coro.

Navidades. Chupi.

Resignado, William saltó de la cama, se vistió y bajó a la cocina. Letty llevaba una bata roja y un gorro de Santa Claus. Scotty iba en pijama y estaba tomando chocolate. La diferencia entre el día anterior y aquél era increíble.

–Feliz Navidad –dijo Letty, con una sonrisa en los labios.

William miró de uno a otro y vio lo que Meg amaba tanto: un adolescente y una anciana con el brazo vendado; una anciana que había estado a punto de morir el día anterior pero que ahora se movía por la cocina con un vaso de ponche en la mano… que casi con toda seguridad contenía alcohol.

–Es ponche de huevo. ¿Quieres probarlo?

–¿A las cinco y media de la mañana?

–Sí, es un poco tarde –dijo Letty–. Meg ya está ordeñando. ¿Quieres llevarle un vaso de ponche?

–No –respondió él, poniendo cara de asco.

–¿No te gusta el ponche de huevo?

–No, es que si voy a ayudarla a ordeñar necesito tener la mano firme para sujetar las ubres.

–Tiene problemas con cuatro ubres, abuela –le explicó Scott–. Será mejor que no pruebe el ponche hasta que haya terminado.

–Ah, claro. Entonces tostadas y café. Nada de ponche hasta después, pero tengo una mermelada casera de frambuesa –le ofreció Letty–. Y mantequilla de verdad, nada de ésa que no tiene colesterol.

Era una mujer muy valiente, pensó William. Como lo era Scott. Todos allí eran valientes. Y Meg… lo que hacía por ellos desde la muerte de sus padres era increíble.

–¿Sabéis lo de la ternera de Millicent?

–Pues claro que sí –respondió Scott–. Es preciosa y Meg dice que de no haber sido por ti no habría nacido viva.

–Hemos tenido suerte de que William estuviera aquí –dijo Letty–. Por cierto, Meg escuchó las noticias antes de salir y dice que ya hay aviones. Pero tú no quieres irte todavía, ¿verdad?

¿Quería marcharse? Los dos lo miraban, expectantes. El mundo estaba patas arriba, como si intentara colocarlo en una posición desconocida para él.

–Tengo que irme –dijo por fin–. Scott, ¿te importaría mirar horarios de vuelo para hoy mientras ayudo a Meg a ordeñar?

–¿De verdad quieres irte? –le preguntó el chico, incrédulo.

«No te acerques demasiado. No le abras tu corazón a nadie».

–No, no quiero irme, pero tengo que volver a Manhattan lo antes posible. Así que, por favor, averigua qué vuelos hay disponibles para hoy.

Scott parecía decepcionado, pero William no podía dejar que eso lo hiciera cambiar de opinión.

Mientras subía a su habitación para ponerse el mono, Letty puso otro villancico en el estéreo, a todo volumen. Aquella gente estaba loca.

Por supuesto que tenía que irse de allí.

Meg estaba ordeñando y no se molestó en levantar la cabeza al oírlo entrar.

Pues muy bien, pensó William. Tal vez era lo más sensato. Sin decir nada, le colocó el aparato de ordeño a una vaca. Empezaba a dársele bien aquello. ¿Volvería a ordeñar una vaca alguna vez en su vida?

–Feliz Navidad –dijo Meg por fin. Y le pareció que sonaba cansada. ¿Habría dormido algo?

–Feliz Navidad.

–La huelga ha terminado. Lo siento, pero no he tenido tiempo de comprobar los horarios de vuelo antes de ordeñar.

–Mal hecho –dijo William. Quería hacerla sonreír, pero Meg lo miró con el ceño fruncido–. Era una broma.

–Lo sé.

–Lo siento, una broma tonta.

–Yo también lo siento –Meg suspiró, levantándose para ordeñar otra vaca–. Lo de anoche… no debería haber ocurrido. Es que lo había pasado tan mal ayer… fue una reacción instintiva, nada más.

–A mí me pareció algo más.

–Pues no lo fue. Afortunadamente ya no hay huelga, así que

puedes volver a Nueva York cuando quieras. Tal vez puedas conseguir un vuelo esta misma noche.

–¿Y las vacas? ¿Quién va a ordeñarlas?

–Yo –respondió Meg.

–¿Tú sola? Pero si estás agotada.

–Kerrie me ayudará. Y puedo dormir por la tarde.

Estaban siendo absurdamente formales, pensó William, pero tal vez era lo mejor.

–¿Qué clase de trabajo vas a buscar?

–Soy contable, imagino que en algún banco.

–Qué desperdicio –murmuró él. Y Meg no dijo nada–. No hace falta que sigas en la oficina, te pagaré hasta el fin del contrato.

–Entonces trabajaré hasta el fin del contrato. No quiero aprovecharme de ti, ya me has dado demasiado.

–Me gustaría darte más.

–¿Por ejemplo?

Dinero, seguridad, pensó William. Cualquier cosa para que no tuviera que levantarse todos los días a las cinco de la mañana. Dinero para llevar a Scott al mejor centro de rehabilitación, para cuidar de Letty. Libertad económica para llamar a un veterinario cada vez que lo necesitaran, para contratar gente que cuidase la granja por ellos.

Libertad para pasarlo bien.

Le había regalado a Scott un coche viejo, a Meg unos vestidos y una antena parabólica. Y sabía muy bien que ella no aceptaría nada más. De modo que no había nada que hacer. En cuanto le confirmasen el vuelo volvería a Nueva York y no miraría atrás.

Eso era lo que quería, ¿no? Cualquier otra cosa sería demasiado complicada.

Perros, vacas.

Familia.

–Será mejor que nos demos prisa. Nos damos los regalos cuando terminamos con las vacas y luego tenemos que ir a la iglesia… ah, y el ponche.

–¿No tomáis el ponche hasta que volvéis de la iglesia?

Meg soltó una risita.

–Mi abuela no le da al coñac hasta que estamos todos de vuelta en casa.

Después de un segundo desayuno, y un poco de ponche sin alcohol, Letty los llevó al salón para abrir los regalos.

–Por aquí no hay abetos y no pienso gastar dinero en uno

importado –dijo Letty, señalando el árbol del caucho cubierto de adornos–. Puede que no sea a lo que tú estás acostumbrado, pero a nosotros nos gusta.

–Es bonito –dijo William.

–Este año lo utilizaremos por última vez. Se ha hecho muy grande, así que lo plantaremos en el jardín. Ya tenemos otro más pequeño para el año que viene.

Eso lo hizo sentir extraño. Esa sensación de continuidad, una larga lista de árboles esperando su turno como árbol de Navidad. Era fantástico.

Los adornos también eran bonitos, hechos a mano, caseros.

–Son de cuando Meg llegó aquí –le explicó Letty, orgullosa–. Ella hacía cadenas de papel y su madre hacía las bolas y las linternas. Y luego llegó Scotty. Mira, aquí están los adornos de cuando era pequeño…

–Abuela… –Scott puso cara de espanto y, riendo, Letty le tiró un regalo.

Era un jersey tejido a mano y el chico hizo un esfuerzo para parecer contento.

–Quítatelo antes de que te desmayes. Aquí hace mucho calor –le advirtió Meg.

Scott lanzó sobre su hermana una mirada de gratitud y William tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. Como le ocurrió con muchos otros regalos, cosas pequeñas, divertidas.

Y entonces, de repente, él tenía un regalo en las manos. Una caja pequeña, roja y atada con una cinta dorada.

–Has hecho tanto por nosotros –dijo Letty–. Nunca podremos pagártelo, pero queríamos que tuvieras un recuerdo.

William abrió la caja, sintiéndose desorientado, como si hubiera sido transportado a otro mundo. En el interior había un papel y cuando lo leyó…

¿Le habían regalado… un perro a tiempo parcial?

–Scott y yo lo encontramos en Internet –le explicó Meg–. Es un refugio en Manhattan, cerca de Central Park. Ese certificado te da derecho a visitarlo y a sacarlo de paseo. Lo único que piden es que pueda ser dado en adopción si una familia lo quiere.

Un perro a tiempo parcial. Como Ned, Pip y Elinor. Su familia a tiempo parcial. Bueno, excelente.

Entonces, ¿por qué lo hacía sentir tan… vacío?

Afortunadamente, Scott decidió llenar el silencio.

–Es una perrita, se llama Sheeba. Su fotografía está al fondo de la caja. Es parte dálmata, parte labrador.

–Todos los hombres necesitan un perro –dijo Letty.

William miró hacia la cocina. Los perros no podían entrar en el salón y estaban tumbados frente a la puerta, observando la escena.

«Todos los hombres necesitan un perro».

Un perro a tiempo parcial.

Letty y Scott abrieron un regalo de Meg, unas escopetas que disparaban bolas hechas de esponja. Y las Navidades se convirtieron de inmediato en una batalla entre abuela y nieto…

¿A quién se le ocurriría regalarle a su abuela una escopeta que disparaba balas de esponja?

Meg estaba riendo como una niña y pensó entonces que nunca volvería a verla…

Mientras recogían el papel de los regalos, Letty recordó que tenía un pavo al horno y Scott recordó el horario de los vuelos.

–Si de verdad quieres irte…

–¿Qué has encontrado?

–Hay un vuelo a medianoche. Podrías tomar el tren de las ocho a Melbourne.

–Podrías cenar con nosotros y luego te llevaríamos a la estación –dijo Meg, sin mirarlo.

No volvería a verla, pensó de nuevo.

–No tenías que venir a la iglesia –dijo Meg.

Pero quedarse solo en la granja era impensable, de modo que William decidió ir con ellos.

Tal vez podría quedarse unos días más. Para comprobar que Letty estaba bien del todo. Para darle a Kerrie unos días más de descanso.

¿Para acercarse un poco más a Meg?

No, imposible. Él no sabía nada sobre familias. Volvería a su casa en Manhattan, con su perro a tiempo parcial, con sus amigos a tiempo parcial…

Tal vez podría llevarse a Meg con él, pensó.

No, qué estupidez. Debían despedirse después de la cena y eso era todo.

Después de comer el pavo y el pudín flambeado tiraron petardos, contaron chistes… Meg miró su reloj unas doscientas veces y por fin dijo:

–Es hora de irse.

Sólo tardaría diez minutos en llegar a la estación. Diez minutos y

la vida seguiría adelante sin él, pensó William.

Como debía ser.

Ya había hecho la maleta, pero cuando se levantó de la mesa se sintió… vacío.

–Gracias –dijo simplemente. Y Letty lo miró con cara de sorpresa.

–¿Nos das las gracias después de todo lo que has hecho por nosotros?

–Te enviaré fotos de mi coche –dijo Scott–. Cuando esté terminado.

–Sí, eso me gustaría.

No había nada más que decir. Meg ya estaba en la puerta, con las llaves de la furgoneta en la mano.

¿Dispuesta a seguir adelante?

CAPÍTULO 11

¿POR qué no decía nada?, se preguntó Meg. La tensión era insoportable. Afortunadamente, la estación sólo estaba a diez minutos de allí; si no, habría explotado.

–¿Vas a ver a tus padres? –le preguntó por fin.

–No.

–Pues deberías. Hasta los periodistas dicen que son mayores y están solos. Llámalos, William.

–¿Me estás diciendo cómo vivir mi vida?

–Ah, se me había olvidado, sigues siendo mi jefe. No debería decirte nada.

–¿Y cuando no trabajes para mí?

–Cuando no trabaje para ti ya no estaremos juntos, así que no te diré nada –respondió ella.

Poco después llegaron a la estación, o más bien al apeadero de Tandaroit, un lugar solitario y oscuro en medio de ninguna parte. Pero era allí donde debía dejarlo.

–Bueno, aquí estamos. El tren llegará en seis minutos –dijo Meg, sintiéndose enferma.

William miró alrededor.

–¿Y cómo sé que eso es verdad?

–Confía en mí.

–¿Confiar en ti cuando vas a dejarme en este apeadero solitario, esperando un tren que podría no llegar nunca?

–Muy bien, me quedaré contigo hasta que llegue –Meg suspiró.

Más silencio. William intentó encontrar algo que decir. Había tantas cosas, pero nada le parecía adecuado. Nada le parecía posible.

–Reconsidera lo de dejar el trabajo –dijo por fin.

–No puedo.

–¿Porque te he besado?

–Había renunciado antes de eso.

–¿Porque quería besarte entonces? ¿Y porque cuando lo hice fue maravilloso?

–William, yo no puedo tener una aventura contigo. Y no puedo enamorarme de mi jefe.

–Enamorarte… –esa palabra lo hizo sentir como si hubiera

recibido un puñetazo.

–No estoy enamorada, por supuesto –se apresuró a aclarar Meg–. No quiero que ocurra, pero dame tiempo y unos cuantos besos más…

A lo lejos escucharon un ruido. El tren se acercaba.

–Meg…

–Ha sido… fabuloso. Lo he pasado de maravilla trabajando contigo y no sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho.

–No tienes que darme las gracias.

¿Había sido él quien tomó sus manos o Meg? No lo sabía, lo único que sabía era que, de repente, sus manos estaban unidas. El tren se acercaba y ella estaba… allí.

Estaba apretando las manos de Meg, no las de la señorita Jardine. Meg. Y sabía lo que quería decirle.

–Ven conmigo.

Ella lo miró, atónita.

–¿Qué?

–A Nueva York.

–¿Y dejar a Letty y Scott? –Meg tiró de sus manos, pero William no la soltó–. ¿Qué estás diciendo? Eso es una locura.

Él sabía que lo era.

–Sea una locura o no, hablo en serio.

–No –dijo ella entonces, mirándolo a los ojos–. Mi sitio está aquí. Y el tuyo en Manhattan, o en Hong Kong o en Londres, donde te lleve tu negocio. Y aquí está tu tren. Saluda a Sheeba de mi parte.

–¿Sheeba?

–La perrita a tiempo parcial.

Una perrita a tiempo parcial, una vida a tiempo parcial, pensó William. No quería separarse de aquella mujer.

¿Pero cuál era la alternativa?

No podía ir con él. No había alternativa.

–Adiós, William –se despidió Meg, intentando soltar sus manos. Pero el tren aún no se había detenido y él no la soltaba.

–Adiós, Meg.

El pitido del tren parecía estar diciendo que tenían que darse prisa, que el tren no quería perder tiempo en aquel apeadero en medio de ninguna parte. Nadie perdería tiempo allí. Y menos él.

Tenía que irse.

Debía hacerlo.

La miró a los ojos por última vez y luego, porque no pudo evitarlo, levantó su barbilla con un dedo y la besó.

Fue un beso rápido por necesidad ya que el tren se había

detenido. Pero aun así fue poderoso. Durante un segundo, Meg se apoyó en su pecho y William la apretó con todas sus fuerzas.

Meg.

Pero las puertas del tren se habían abierto y el conductor bajó al andén.

–¡Todos al tren! –gritó.

Y ya no había manera de evitar lo inevitable. Lo único que podía hacer era tomar la maleta y subir al vagón.

Meg volvió a casa sintiéndose enferma. La vida que conocía había terminado.

Adoraba trabajar para William. El señor McMaster.

Para William. Nunca podría volver a ser el señor McMaster. Era demasiado generoso, demasiado guapo, demasiado… todo.

Y estaba solo. Lo que más le dolía era saber que volvía a su solitaria vida en Manhattan. Sí, tenía a esos niños de acogida y ahora una perrita a tiempo parcial. Y él pensaba que era feliz. Era un hombre rico y poderoso en el mundo de las finanzas, pero no llamaba a sus padres el día de Navidad y seguramente tampoco ellos lo llamaban. Tal vez llamaría a alguna de sus amigas…

No, no quería pensar en eso.

Porque se había enamorado. Durante aquellos días se había enamorado de William. Tal vez siempre había estado ahí, esperando el momento adecuado. Tal vez había estado enamorada de W.S. McMaster desde el principio, pero no lo sabía.

Él se iba a casa solo y ella se sentía enferma y triste por los dos. Volvía a la vida que conocía y no lo envidiaba en absoluto. Era rico y poderoso, pero ella tenía a Scotty, a Letty, a Killer y a Millicent.

Pero no tenía a William.

Le había pedido que fuera con él. Era una locura, pero le habría gustado tanto hacerlo. Subir al tren con él y marcharse, irse a Manhattan con William, estar en su vida…

En su vida a tiempo parcial. Porque no se hacía ilusiones sobre lo que sería una aventura con él. Había visto las chicas que entraban y salían de su vida en esos tres años: un buen rato y una despedida, sin ataduras, sin sentimientos.

William se había ido y ella tenía que seguir adelante. Tenía que entrar en casa y mostrarse alegre.

Sí, eso era lo que debía hacer.

William colocó la maleta en el compartimento de equipajes y

sólo entonces se dio cuenta de que pesaba demasiado. Y justo cuando estaba pensándolo, la cremallera estalló.

Él usaba maletas de gran calidad, las cremalleras no estallaban.

Y nunca llevaba comida o fiambreras…

Pero durante esas Navidades había dejado de ser W.S. McMaster para convertirse en William y alguien había guardado fiambreras con pavo, pudín de ciruelas, cerezas, chocolate… y una botella de plástico con una pegatina que decía *salsa de coñac*.

Lo tiraría cuando llegase al aeropuerto, pensó, mientras observaba las miradas divertidas de los escasos viajeros.

Estaba guardando las fiambreras en la maleta cuando se dio cuenta de que había algo más. Metió la mano y… sacó una escopeta con balas de espuma. La misma que habían recibido Letty y Scott. Y llevaba una nota:

Para William,

Me ha costado mucho encontrar una de éstas para ti con tan poco tiempo, pero sabía que tendrías celos de Letty y Scott así que, con la ayuda de Mickey, aquí tienes la tuya. Pensé que te animaría cuando llegases a casa. Pip, Ned y tú podéis jugar con ella en Central Park. Pero no la lleves en el avión como equipaje de mano o podrías tener un serio problema.

Un beso,
Meg

Ridículo.

Pero… la verdad era que había sentido celos esa mañana cuando Letty y Scott se disparaban esas ridículas balas de espuma. Como si estuviera fuera, mirando. Como si fuera un extraño cuando no quería serlo.

Pip y Ned pensarían que era un regalo estupendo. A él le parecía un regalo estupendo. Incluso le gustaría probarla inmediatamente.

O no. Los hombres de negocios maduros no disparaban escopetas con balas de espuma.

William volvió a leer la nota.

Un beso, Meg.

«No pienses en eso».

Cuando consiguió cerrar la maleta, se dejó caer sobre el asiento.

El tren estaba casi vacío, pero a su lado había una joven madre con un niño sobre las rodillas. Parecía triste y tenía los ojos

empañados.

–¿Se encuentra bien?

–Sí… gracias –respondió la joven, intentando contener las lágrimas–. Mi marido está trabajando en una plataforma petrolífera y no ha podido venir esta Navidad. Le echo tanto de menos. Por las noches sobre todo, cuando hablamos de lo que hemos hecho durante el día…

La mujer se sonó la nariz y a William no se le ocurría qué decir para consolarla.

«Le echo tanto de menos».

«Por las noches sobre todo, cuando hablamos de lo que hemos hecho durante el día».

Eso era lo que él echaba de menos. ¿Pero cómo podía echar de menos algo que no había tenido nunca?

Él siempre pasaba las Navidades solo… pero tal vez llegaría a tiempo para pasar el día con Ned y Pip. Miró su móvil, pero entonces recordó que allí no había cobertura.

–Puede llamar cuando atravesemos alguna ciudad. Pero tiene que hacerlo rápido –dijo la mujer.

Cuando atravesaron la siguiente ciudad, William llamó a Elinor porque necesitaba hablar con alguien.

–Ah, señor McMaster, me alegro de que haya llamado, tengo buenas noticias.

–¿Ah, sí?

–La madre de los niños por fin ha decidido darlos en adopción y hay una pareja interesada. Perdieron a sus hijos en un accidente de coche hace cinco años y quieren formar una familia. Van a venir mañana, después de comer. Sólo es un primer contacto, pero a mí me parecen estupendos. Estos niños necesitan una familia.

–Sí, es cierto –asintió él, intentando no parecer desolado. ¿Desolado? Qué tontería.

–Hay tantos niños necesitados en el mundo –siguió Elinor, como si hubiera intuido su tristeza–. Siempre hay más niños de los que cuidar.

Aquella mujer quería con todo su corazón y uno no amaba así sin sufrir un poco. ¿Dónde había aprendido eso?

–Bueno, cuénteme, ¿estará aquí mañana?

–No sé a qué hora llegaré.

–Ah, vaya. Los niños se llevarán una desilusión.

Pero no demasiado grande porque iban a conocer a sus nuevos padres. ¿Qué más necesitaba un niño el día de Navidad?

–Estoy llegando a Melbourne ahora. Aún no he tomado el avión.

–Entonces viajará el día de Navidad, lo siento mucho.

–No importa.

–Sí importa. Sé que es un hombre muy ocupado, pero también sé que tiene un buen corazón, señor McMaster, y es hora de que encuentre un lugar donde depositarlo. Tiene que encontrar un sitio donde dejarlo para siempre.

El tren estaba saliendo de la ciudad y la conexión era cada vez peor. Apenas podía escuchar lo que decía y, al final, se cortó.

Pero tal vez era lo mejor, pensó William. ¿Qué clase de consejo era ése? ¿Depositar su corazón?

«Por las noches sobre todo, cuando hablamos de lo que hemos hecho durante el día».

Eso no era para él. Que un McMaster quisiera eso era impensable.

Mientras miraba el paisaje desierto al otro lado de la ventanilla, tan diferente a Manhattan, pensó en el legado McMaster: gente dañada, profundamente infeliz, envenenados por el dinero y las expectativas sociales. Uniones infelices que habían creado niños infelices generación tras generación.

¿Cómo podía pedirle a nadie que se uniera a una familia así?

No podía. Había jurado no hacerlo nunca, pero…

Las imágenes aparecieron de repente: un árbol de Navidad con adornos de la infancia, la escopeta, los perros, las vacas, las botas en la entrada, la risa de Meg…

Las piernas enloquecidas de Santa Claus en la chimenea, Scott entre los restos de un Mini, el calor de Meg sobre su hombro mientras estaban en la sala de espera.

Aquélla era una familia como ninguna otra, tan diferente a la suya como el día y la noche pero, por fin, el barullo de pensamientos dejó uno tan claro que le parecía asombroso.

Si su familia era imposible tal vez podría unirse a otra.

El revisor del tren estaba recorriendo los pasillos para pedir los billetes y William se encontró preguntando:

–¿Hay algún otro tren esta noche?

–¿Un tren con qué destino?

–Al sitio donde subí.

–¿A Tandaroit? Lo dirá de broma. Sólo pasamos una vez al día por allí. El siguiente tren sale mañana de Melbourne.

–¿Quiere volver?

–Tal vez.

–¿Con la chica a la que besaba en la estación?

Y allí estaba, bien claro: la chica a la que besaba en la estación.

CAPÍTULO 12

A MEG le gustaba la noche de Navidad… o siempre le había gustado antes. Las Navidades eran ajetreadas, ruidosas, divertidas y siempre la hacían feliz.

Entonces, ¿por qué no se sentía feliz en aquel momento?

Scott y Letty se fueron a la cama, cansados y felices.

–Deberíamos invitar a William todos los años –dijo su hermano.

Y Meg tuvo que apretar los labios para no llorar. Suspirando, fue al corral para hablar con Millicent, pero Millicent estaba durmiendo, de modo que volvió a la casa, pateando piedras, desconsolada. Las piernas de Santa Claus seguían moviéndose adelante y atrás en el tejado.

Después de ponerse el pijama, se sirvió un vaso de ponche en la cocina, pero no le apetecía.

–Mejor no ahogar las penas en alcohol –murmuró para sí misma–. Mañana tengo que estar sobria para buscar trabajo.

William estaría ya en Melbourne…

Meg miró su reloj. No, a esa hora estaría en el avión. Se acercó a la ventana para mirar las estrellas y vio algo… una lucecita. Era un avión o una avioneta que iba hacia el este.

La lucecita era cada vez más visible y el sonido… no era un avión, era un helicóptero.

Y cada vez sonaba más cerca.

¿Quién…?

Entonces pensó…

No, no podía ser. ¿O sí?

Aquello era una tontería, estaba imaginando cosas. Tal vez había habido un accidente y era un helicóptero de la policía. Sí, tenía que ser eso.

Pero estaba sobre la granja en ese momento, la luz de un foco iluminando la cocina. Asustando a las vacas.

No, estaba sobre el corral al otro lado de la propiedad, donde había estado el heno hasta el día anterior. Y quien pilotaba el helicóptero parecía saber que allí no había vacas, que era un lugar seguro.

Tenía que ser… tenía que ser…

No se atrevía a pensarlo. No podía ser William.

Pero el helicóptero estaba en su propiedad, no había error posible.

Los perros habían escuchado el ruido y estaban en la puerta de la cocina, inclinando a un lado la cabeza para aguzar el oído.

–Venga, vamos a investigar.

Estaba lejos de la casa, pero William sabía que allí no había vacas y sería el mejor sitio para aterrizar…

–¿Dónde están las limusinas cuando uno las necesita? –bromeó Steve, el piloto.

William vio la furgoneta acercándose por el camino. ¿Sería Meg? La furgoneta se detuvo y la puerta del conductor se abrió, pero antes de que pudiese ver quién estaba al volante, cinco perros saltaron del vehículo envolviéndolo en un mar de éxtasis canino.

Se había marchado unas horas antes, pero por la reacción de los perros era como si llevase años fuera. Y con un poco de suerte, Meg estaría al volante…

Y allí estaba.

¿En pijama? Un pijama de satén rosa con estrellitas y lunas. Estaba despeinada y tan guapa que le gustaría tomarla en brazos allí mismo.

«Di algo, estúpido». Pero no sabía qué decir. Hacer lo que estaba haciendo le había parecido perfecto mientras lo planeaba, pero no sabía por dónde empezar.

–Tenías que traer a los perros –dijo por fin.

–Cualquiera podría haber aterrizado aquí –se defendió Meg–. Los he traído por si era un extraterrestre que venía a robar vacas.

–¿Y has venido en pijama?

–Llevo una escopeta debajo.

William miró el pijama. Era brillante y marcaba sus curvas…

«No, no pienses en lo que puede haber bajo el pijama». Aquélla era Meg, la mujer de la que estaba locamente enamorado, y sabía que debía dar un paso adelante.

La mujer de la que estaba locamente enamorado.

¿Cuándo había descubierto eso? Lo había sabido mientras planeaba volver a la granja, pensó.

–Tenía que volver –dijo por fin.

–Te dije que no podía irme contigo –le recordó Meg.

–No tienes que ir conmigo a ningún sitio. No he venido a buscarte, he venido a quedarme.

–¿Perdona?

–He vuelto porque te quiero –dijo William–. He vuelto porque

no podía marcharme.

–¿Me quieres? –murmuró Meg, como si no entendiera la frase, como si no pudiera conectarla con la realidad.

–Te quiero –repitió él, dando un paso adelante.

Tras él, los perros habían dejado de ladrar, como si supieran que aquél era un momento importante.

¿Era importante para los perros?

¿Por qué no? Era el mundo entero para él.

–Cuando dijiste eso de que podrías enamorarte… ¿lo decías en serio? ¿Decías en serio que podrías quererme a mí?

–Es posible –murmuró ella.

Le gustaría abrazarla, pero no quería apresurarse…

Como si enamorarse en tres días, alquilar un helicóptero en medio de la noche y decir que la quería no fuera apresurar las cosas, pensó, irónico.

–Puedo vivir aquí.

–¿Aquí?

–Te lo explicaré rápidamente –empezó a decir William–. La idea es instalar aquí mi cuartel general porque te necesito, en el trabajo y en todas las facetas de mi vida. Eres inteligente, intuitiva, divertida y te quiero a mi lado a todas horas. Podría tener aquí mi oficina central, mantener la granja y añadir la oficina. Necesitaremos un helipuerto y una piscina. Y un gimnasio ayudaría mucho a Scott.

–Scott…

–Él es parte de esta familia.

–William…

–He pensado que podríamos restaurar la casa que hay al otro lado de la vaquería y preguntarle a Kerrie si quiere vivir aquí con las niñas, así siempre habría una persona a mano. Y luego, tal vez podríamos contratar a una niñera.

–Una niñera –repitió ella.

–Para las hijas de Kerrie y… para los niños que vinieran después. De ese modo, tú y yo podríamos viajar… ¿qué te parece?

Meg no contestó enseguida. Estaba mirándolo a los ojos y algo pareció cambiar en su expresión.

–No me gustaría dejar a nuestros niños con una niñera –dijo entonces. Y, de repente, la mujer del pijama rosa estaba sonriendo.

El corazón de William dio un salto dentro de su pecho. Había dicho «nuestros niños».

–¿Cuántos hijos te gustaría tener?

–¡William!

Tal vez aún no lo había hecho bien del todo. Tal vez no la había animado lo suficiente.

–Letty y Scotty podrían viajar con nosotros. Podrían conocer Manhattan. Y Londres y Hong Kong. Me gustaría que vieran todas esas ciudades, pero sólo viajaré cuando tenga que hacerlo, te lo prometo –William sacudió la cabeza–. Tú… tú disfrutas trabajando para mí, ¿verdad?

–Me encanta.

–Y también te encanta la granja.

–Sí.

–Como a mí me gusta arreglar coches. He pensado que si puedo mezclar eso con los negocios, tal vez también podría incluir el amor.

–¿En tus ratos libres?

–No, no quería decir eso. Te quiero en mi vida diaria, en mis sueños. Te quiero en mi vida, punto.

–¿Lo dices en serio?

–No he hablado más en serio en toda mi vida. Pase lo que pase, al final de cada día quiero estar en la cama contigo.

–¿Para… hablar? –consiguió decir ella, con un brillo burlón en los ojos.

–O cualquier otra cosa que se nos ocurra –dijo William, amándola con todo su corazón–. ¿Te casarás conmigo?

–¿Quieres casarte conmigo?

–Por supuesto –respondió él–. Pero tenemos un problema… no se puede comprar un anillo de compromiso el día de Navidad.

–¿Ah, no?

Killer se acercó en ese momento y William vio que colgando de su collar había una anilla…

–Perdóname, Killer, pero necesito esto un momento…

–No me lo puedo creer.

–Y también he pensado traerme a Sheeba. Aquí todo el mundo tiene perro, así que… –William clavó una rodilla en el suelo–. Así que, señorita Jardine…

–Meg.

–Meg, mi amor.

–Mi amor es mucho mejor que Meg.

–¡Eh! ¡Esperad un momento!

Meg y William se volvieron. Eran Letty y Scott, que se dirigían hacia ellos en el tractor.

–¡No te atrevas a pedir su mano hasta que lleguemos! –gritó Letty.

–Mi amor… –empezó a decir William, pero Meg puso un dedo sobre sus labios.

–Prefiero que lo hagas delante de testigos.

–Lo dirás de broma.

–Has sido un solitario toda tu vida, William McMaster. Pero eso se ha terminado.

De modo que esperaron. Con una promesa así, un hombre podía esperar. Y lo hizo hasta que Letty y Scott bajaron del tractor y saludaron a Steve, que observaba la escena perplejo.

–Muy bien, adelante –ordenó Letty.

William, que se sentía ridículamente tímido, decidió que no podía hacerlo con tanta gente mirando.

–Steve, ¿cuánta gente puede ir en el helicóptero?

–Seis personas –respondió él.

–¿Tres personas y cinco perros?

–Apretados, pero sí.

–Entonces, tres personas y cinco perros es mi oferta. Podéis mirar, pero desde arriba.

–¡Qué bien! –exclamó Scott, entusiasmado–. Vamos, abuela.

Y antes de que Letty pudiera protestar, su nieto la había subido al helicóptero con los perros. Las puertas se cerraron y el aparato se elevó en el cielo.

Pero no fue muy lejos; se quedó justo encima de ellos, con el foco iluminándolos.

–¿Decías? –gritó Meg para hacerse oír sobre el ruido de las aspas.

William pensó que no encontraría mejor momento. Estaba en medio de un corral, con un helicóptero sobre su cabeza, la luna en el cielo y las piernas de Santa Claus moviéndose locamente en la chimenea de la casa.

–¿Quieres casarte conmigo, Meg?

–¿Qué?

–¡Con este anillo, yo te desposo! –gritó William, poniendo la anilla del collar de Killer en su dedo. Luego la tomó en brazos, apretándola contra su corazón y, por fin, la besó como necesitaba besarla, como ella necesitaba ser besada, como pensaba besarla el resto de su vida–. Te compraré diamantes –le dijo cuando por fin se separaron.

–¿Quién necesita diamantes? –gritó Meg. Apenas podía oírla, pero leía sus labios y, sobre todo, podía ver un mundo de amor en sus ojos–. Feliz Navidad, mi amor. Yo no quiero diamantes, sólo te necesito a ti.